

MADRE CORAJE Y SUS HIJOS

(Crónica de la Guerra de los Treinta Años)
Traducción de Raquel Warschaver

Brecht escribió esta crónica de la Guerra de los Treinta Años en 1938, cinco años después de su partida para el exilio. La obra se estrenó en Zurich durante la guerra, con Teresa Giebse en el papel principal. A su regreso a Berlín, en 1950 Brecht montó la obra, esta vez con Hélène Weigel en el papel de Madre Coraje. Desde entonces la pieza figura regularmente en el repertorio del Berliner Ensemble.

Personajes:

Madre Coraje	Soldado joven
Catalina, su hija muda	Soldado viejo
Eilif, su hijo mayor	Un soldado borracho
Requesón, su hijo menor	Primer soldado
El capellán	Segundo soldado
El cocinero	Un campesino
Yvette	Un joven
El capitán	Una vieja
El reclutador	El teniente
El sargento	Dos soldados
El intendente	Una pareja de campesinos
Un soldado	Su hijo
El hombre del parche	
El coronel	
Un escribiente	

I

Primavera de 1624. En la región de Dalarne, el mariscal de campo Oxenstiern recluta tropas para su campaña contra Polonia. Un hijo de la cantinera Ana Fierling, más conocida por el nombre de Madre Coraje, es enganchado en la milicia.

MDRSHS...C3... 1179733... 18/3/11

Un camino en las cercanías de la ciudad.

Un sargento mayor y un reclutador tiemblan de frío.

RECLUTADOR:

¡Como para reclutar un batallón en un país como éste! A veces me dan ganas de pegarme un tiro, sargento. El mariscal me exige cuatro compañías para el doce de este mes. Pero la gente del lugar es tan astuta que por la noche no puedo pegar un ojo. Es imposible echarles mano. Después de mil ardides consigues atrapar a uno. Le echas una miradita de arriba abajo, pasas por alto su pecho de gallina y sus várices, y te las arreglas para emborracharlo. El hombre está a punto y firma su contrato. Tú te quedas adentro para pagar el aguardiente y él, vuelvo en seguida, te dice, pero tú te la ves venir, das un salto, hasta la puerta, y ya está, desapareció más veloz que un piojo bajo la uña. Los hombres ya no tienen palabra, no hay fe ni lealtad, el honor no existe. Sargento, he perdido la confianza en la humanidad.

SARGENTO:

Es natural, hace demasiado tiempo que no hay guerra por aquí. ¿De dónde quieres entonces que salga la moral? La paz es el caos, la guerra es el orden. En épocas de paz, la humanidad se desenvuelve a tontas y a locas. Se desperdicia gente y animales a más y mejor. Cada uno se llena el buche como se le antoja: una buena tajada de queso sobre pan blanco y encima del queso una lonja de tocino. ¿Sabe alguien cuántos mozos aptos y cuántos animales en pie hay en esa ciudad de ahí enfrente? Nadie. Ni siquiera se les ocurre contarlos. Conocí comarcas en donde no hubo guerras durante más de sesenta años. Consecuencia: nadie sabía quien era ni cómo se llamaba. En cambio, donde reina la guerra, allí sí que hay listas y registros al día, calzado en fardos y el trigo en bolsas como Dios manda, los animales y las personas bien censados y clasi-

ficados. No hay nada que hacer, es archisabido que sin orden no hay guerra.

RECLUTADOR: Es muy cierto sargento.

SARGENTO: Claro que como todo lo bueno en este mundo, los primeros tiempos de la guerra son difíciles. Pero una vez que está floreciente no ceja, y pronto la gente comienza a temerle a la paz. Exactamente lo que ocurre con los jugadores que no se atreven a lanzar los dados porque después tienen que hacer la cuenta de lo que han perdido. Pero al comienzo lo que temen es la guerra. Claro, como que lo saca a uno de la rutina diaria.

RECLUTADOR: Mira, ahí viene una carreta. Dos mujeres y dos muchachos. Tú, ocúpate de la vieja, sargento. Y si esta vez no caen en mis redes, te prevengo que no pienso seguir helándome aquí, con el vientito que corre.

Se oye un acordeón. Se acerca una carreta tirada por dos muchachos. Sentadas en ella, Madre Coraje y su hija muda, Catalina.

MADRE CORAJE: Buenos días, sargento.

SARGENTO: (Cerrándoles el paso) Salud, buena gente. ¿Quiénes son ustedes?

MADRE CORAJE: Comerciantes. (Canta)

Mi capitán, has callar el tambor
Haga alto aquí cada soldado
Madre Coraje tiene buen calzado
Para que puedan caminar mejor.
Por la sarna y los piojos devorados
Arrastrando bagajes y cañones
Ya que a la guerra tienen que marchar
Que por lo menos vayan bien calzados.

¡De pie, cristianos! ¡Llegó la primavera!

Sobre los muertos se fundió la nieve

Y todo aquel que no está moribundo

Parte a la guerra por la carretera.

Mi capitán, marchan a la muerte

Sin un mal pedazo de salchichón,

Madre Coraje tiene un vino fuerte
 Que anima el cuerpo y el corazón.
 Una bala en barriga vacía
 Mi capitán, produce indigestión
 Déjame cebarlos y al otro día
 Mándalos al degüello con mi bendición.

¡De pie, cristianos! ¡Llegó la primavera!

Sobre los muertos se fundió la nieve

Y todo aquel que no está moribundo

Parte a la guerra por la carretera.

SARGENTO: ¿A qué unidad pertenecen, granujas?

HIJO MAYOR: Segundo regimiento finés.

SARGENTO: A ver los papeles.

MADRE CORAJE: ¿Los papeles?

HIJO MENOR: ¿No ve que es Madre Coraje?

SARGENTO: No la conozco. ¿Por qué la llaman coraje?

MADRE CORAJE: Me llaman Coraje porque en una ocasión, temiendo perder todo lo que tenía, partí de Riga, atravesé el fuego de la artillería con cincuenta panes en la carreta. Ya estaban criando moho, el tiempo apremiaba y no me quedaba otra alternativa. *Tuve que echarle coraje.*

SARGENTO: Déjate de historias. Dame tus papeles.

MADRE CORAJE: (Saca un fajo de papeles de una caja de cinc y baja de la carreta) Aquí está todo mi papelerío, sargento. Este es un misal de Altötting, intacto, para envolver los pepinos, y esto un mapa de Moravia, quira Dios que pase por allí algún día, o tendré que echárselo a las ratas. Y estos certificados atestiguan que mi caballo no tiene la afrosa. El pobre animal murió, y eso que había costado quince florines. ¡No a mí, a Dios gracias! ¿Qué le parecen mis papeles? ¿Le bastan?

SARGENTO: ¡No te metas conmigo! Ya te haré tragar tu insolencia.. Sabes muy bien que necesitas una patente.

MADRE CORAJE: Mida sus palabras y no me venga a decir delante de mis hijos

- que quiero meterme con usted. No tengo ningún interés, yo a usted no lo conozco. En el segundo finés tengo una sola patente, mi cara honrada. Y si no es capaz de leer en ella, peor para usted. No pienso pegarle una estampilla. Sargento, advierto en esta persona un evidente espíritu de rebeldía. En el ejército hace falta orden.
- RECLUTADOR:
- MADRE CORAJE: Lo que hace falta es salchichón.
- SARGENTO: ¿Tu nombre?
- MADRE CORAJE: Ana Fierling.
- SARGENTO: ¿De modo que todos estos son Fierling?
- MADRE CORAJE: ¿Por qué? Yo me llamo Fierling, no ellos.
- SARGENTO: Creí que eran hijos tuyos.
- MADRE CORAJE: Lo son. ¿Es un motivo para que todos deban tener el mismo nombre? (Señala el mayor) Este, por ejemplo, se llama Eilif Nojoki. Su padre siempre pretendió llamarse algo así como Kojoki o Mojoki. El chico lo recuerda muy bien, claro que a quien recuerda es a un francés de barbita. Fuera de eso, tiene la inteligencia del padre. Había que ver qué pedazo de hombre, astuto como pocos, capaz de quitarle los pantalones a un campesino sin que él otro se diera cuenta. Con los demás pasa otro tanto, cada uno tiene su nombre.
- SARGENTO: ¿Cómo? ¿Todos diferentes?
- MADRE CORAJE: No se haga el ingenuo.
- SARGENTO: ¿Entonces éste qué es, un chino?
- MADRE CORAJE: La erró. Es un suizo.
- SARGENTO: ¡Ah! ¿Después del francés vino un suizo!
- MADRE CORAJE: ~~¿Después del francés?~~ ¿Qué francés? No hubo ningún francés. No embarulle las cosas o nos estaremos aquí hasta mañana. He dicho un suizo, pero su nombre es Fejos. El padre lo llamaba así, por supuesto. Trabajaba en la construcción de fuertes. ¡Un borrachín!

El hijo menor asiente regocijado. Catalina también da muestras de regocijo.

- SARGENTO: ¿Y como es que el chico se llama Fejos?
- MADRE CORAJE: No quisiera ofenderlo, pero lo que es imaginación no puede decirse que le sobre. Cuando mi Fejos vino al mundo, yo estaba con un húngaro. Al pobre poco le importaba que yo estuviera embarazada porque se encontraba al borde de la tumba, el riñón, ¿sabe? Y eso que jamas había probado una gota de alcohol. Un hombre honrado. Este chico sale en todo a él.
- SARGENTO: ¿Pero si no era su padre!
- MADRE CORAJE: ¿Qué tiene que ver? De todos modos sale a él. Yo lo llamo Requesón. (Señala a su hija) Esta se llama Catalina Haupt. Es alemana a medias.
- SARGENTO: ¿Una buena familia, no se puede negar!
- MADRE CORAJE: Sí, he dado la vuelta al mundo con mi carreta.
- SARGENTO: Vamos a anotar todo esto. (Escribe)
- RECLUTADOR: (A los hijos) Y a este buen par de animales de tiro habría que llamarlos Jacobo Buey y Esaúl Buey. Me extrañaría que alguna vez pudieran desuncirlos de esta carreta.
- EILIF: Madre, ¿puedo aplastarle el hocico de un puñetazo? Me gustaría.
- MADRE CORAJE: Y yo te lo prohíbo, quédate quieto. Y ahora, señores oficiales, ¿no necesitarían una buena pistola o una hebilla para el cinto? La suya está muy gastada, sargento.
- SARGENTO: No es eso lo que necesito. A ver estos dos buenos mozos. Erguidos como abedules, anchos de espaldas, piernas vigorosas. Me gustaría saber qué esperan para alistarse.
- MADRE CORAJE: Sáqueselo de la cabeza, sargento. Mis hijos no están hechos para el oficio de la guerra.
- RECLUTADOR: ¿Por qué no? Se puede ganar oro y cubrirse de gloria. Ir de aquí para allí vendiendo calzado es cosa de mujeres. (A Eilif) Sal de ahí, tú. Queremos ver si eres un hombre o una gallina.
- MADRE CORAJE: Es una gallina. Lo mira con un poco de severidad y se desmaya.
- RECLUTADOR Y aplasta a un ternero de paso, ¿eh? (Intenta llevarse a Eilif)
- MADRE C

- MADRE CORAJE: ¿Vas a dejarlo en paz? No te saldrás con la tuya.
- RECLUTADOR: Me insultó. Dijo que mi boca era un hocico. Ven conmigo a ese campo y arreglemos las cuentas entre hombres.
- EILIF: No te preocupes, madre, que a éste lo pongo verde.
- MADRE CORAJE: ¡Tú te quedas aquí! Ya te conozco, siempre buscando camorra. (Al reclutador) Lleva un cuchillo en la bota, lo clavaré.
- RECLUTADOR: Pues yo se lo arranco como un diente de leche. Ven, mocito.
- MADRE CORAJE: Mire que se lo digo al coronel, Sargento. Van a ir al calabozo los dos. El teniente festeja a mi hija.
- RECLUTADOR: Tranquilo, Hermano. (A Madre Coraje) ¿Qué tienes contra la milicia? ¿No era soldado el padre del muchacho? Murió como un valiente, tú misma lo dijiste.
- MADRE CORAJE: Es un niño todavía. A ustedes ya los conozco. Me lo llevan al amadero y reciben quince florines por la faena.
- RECLUTADOR: Anto todo le darán un buen par de botas con vueltas.
- EILIF: De ti no acepto nada.
- MADRE CORAJE: Ven conmigo a pescar, le dijo el pescador al gusano. (A Requesón) Te vas corriendo y gritas a voz en cuello, que nos quieren robar a tu hermano. (Saca un cuchillo) ¡Atrévase a llevarlo! ¡Los voy a acuchillar, canallas! Ya les enseñaré a hacer la guerra con mis hijos. Nosotros vendemos honestamente telas y jamones. Somos gente pacífica.
- SARGENTO: Sí, por el cuchillo ya se ve. ¿No te da vergüenza? ¡Suelta el cuchillo, arpía! Si no fuera por la guerra, no sé de qué vivirías. Tú misma lo confesaste. Y no puede haber guerra sin soldados.
- MADRE CORAJE: No serán los míos.
- SARGENTO: Quieres comerte la carne y a la guerra tirarle los huesos, ¿no? Tus críos engordan a su costa, ¿y qué le dan a su cambio? Nada. ¡Que se las arregle como pueda! Tienes el descaro de llamarte Coraje y tiembles ante la guerra. Te apuesto lo que quieras a que tus hijos no le tienen miedo.
- EILIF: Yo no le temo a la guerra.

- SARGENTO ¿Y por que ibas a temerle? Mírame un poco: ¿te parece que no me ha sentado la vida de soldado? Me enganché a los diecisiete.
- MADRE CORAJE: ¿No tienes setenta todavía!
- SARGENTO: Ya los tendré.
- MADRE CORAJE: Sí, bajo tierra, tal vez.
- SARGENTO: ¿Es una amenaza? ¿Quieres insinuar: que voy a morir?
- MADRE CORAJE: ¿Y si fuera verdad? ¿Si estuvieras marcado? ¿Si yo te dijera que eres un cadáver de paso?
- REQUSON: Tiene la doble visión, todos lo saben. Predice el porvenir.
- RECLUTADOR: A ver, léele el porvenir al sargento. Le agradará.
- SARGENTO: No creo en esas cosas.
- MADRE CORAJE: Dame tu casco. (El sargento se lo tiende)
- SARGENTO: Todo esto es perder el tiempo. Pero léemelo de todos modos. Vamos a reírnos un poco.
- MADRE CORAJE: (Toma una hoja de pergamino y la desgarró) Eilif, Requesón, Catalina, mirad, hijops míos. Así seremos desgarrados si nos dejamos arrastrar demasiado lejos por la guerra. (Al sargento) Como una excepción, se lo haré gratis. En este pedazo de papel dibujo una cruz negra. Negra es la muerte.
- REQUESON El otro queda en blanco, ¿ves?
- MADRE CORAJE: Doblo los pedazos de papel, así. Luego los mezclo. Tal como nos mezclamos unos con otros en cuanto salimos del vientre materno. Ahora saca uno y ~~sabrás tu destino~~. (El sargento vaciló)
- RECLUTADOR: (AcEilif) Yo no engancho a cualquiera, no soy fácil de contentar, pero tú tienes un ardor que me gusta.
- SARGENTO (Hurga en el casco) ¡Son tonterías! ¡Pura fanfarronada!
- REQUESON Sacó una cruz negra, está perdido.
- RECLUTADOR: No hay que dejarse impresionar porque derriben a un pájaro. Todas las balas no matan.
- SARGENTO: (Con voz ronca) Me engañaste.
- MADRE CORAJE: Tú mismo te engañaste el día en que te hiciste soldado. Y ahora, en marcha. No todos los días hay guerra, ¡a moverse un poco!

- SARGENTO: ¡Por todos los diablos! No permitiré que te sigas burlando de nosotros. Tu hijo se viene conmigo, será soldado.
- EILIF: Me gustaría mucho, madre.
- MADRE CORAJE: Cierra el pico, diablo finés.
- EILIF: (Señalando a Requesón) El Requesón también quiere ser soldado.
- MADRE CORAJE ¡Buena noticia! ^(T) Está bien, voy a echarles la suerte a los tres.
Corre hacia el fondo, busca otras tiras de papel y dibuja una cruz en cada una de ellas.
- RECLUTADOR: (A Eilif) Lo que se cuenta por ahí, que en el campamento sueco somos todos unos santurriones, son puras calumnias. Hacen correr la voz para desacreditarnos. Nos reunimos para cantar solamente el domingo, un salmo nada más, y eso los que tienen voz.
- MADRE CORAJE (Vuelve con los papeles y los echa en el casco del sargento). Quieren abandonar a su madre, estos demonios, y correr a la guerra como las moscas en busca de la miel. Pero yo haré hablar a estos papeles y verán que el mundo no es un paraíso... "Ven conmigo, hijo mío, tú serás capitán." Sí, sí. Estoy muy preocupada sargento. Me temo que ninguno de los tres saldrá con vida de esta guerra. Tienen un genio muy difícil. (Le tiende el casco a Eilif) Toma, saca un papel y sabrás cuál es tu destino. (Eilif saca uno, lo desdobla, Madre Coraje se lo arranca) ¡Ves? ¡Una cruz! ¡Oh madre infortunada, que has parido con dolor! Morirá, segado en la flor de la edad. Si se hace soldado, pronto yacerá bajo la hierba. Le perderá la temeridad, como perdió a su padre. Si no escucha la voz de la razón, si se deja tentar, su sino está marcado. (Lo enfrenta) ¿Serás prudente?
- EILIF: ¿Por qué no?
- MADRE CORAJE Entonces obra con cordura, quédate con tu madre, y si alguien se burla de ti, si alguien te dice que eres un gallina, te ríes en sus propias barbas.
- RECLUTADOR: (A Eilif) ¿Así que te haces en los pantalones? Está bien, me llevaré a tu hermano.

- MADRE CORAJE: (A Eilif) Te he dicho que te rías en sus barbas. Ahora te toca a tí, Requesón. Contigo no siento tanto temor. Tú eres ^{bueno} juicioso. (Requesón saca un papel) ¡Ah! ¿Por qué lo miras de modo tan extraño? Es el blanco, ¿verdad? ¡No es posible que también tú tengas una cruz! No es posible que te pierda.] (Toma el papel) Una cruz. ¡El también! Tal vez sea por su gran inocencia. ¡Oh, Requesón, estás perdido si no sigues siendo Honrado, siempre y en todas partes, como te lo enseñé desde la cuna! Tráeme siempre el vuelto cuando te envío a comprar pan. Será tu única salvación. Mire si miento sargento. ¿Es una cruz negra?
- SARGENTO Es verdad, una cruz negra. Lo que no comprendo es cómo que me tocó a mi también. Siempre me quedo atrás de las últimas líneas de combate. (Al reclutador) No trampea. Sus propios hijos están amenazados.
- REQUESON Por lo pronto, yo me doy por enterado. Seguiré su consejo.
- MADRE CORAJE: (A Catalina_) Ahora sólo taltas tú. Tenerte es ya una cruz... (Le tiende el casco, pero ella misma saca el papel) ¡Oh, ~~desdicha!~~ No puede ser, debo haber cometido un error al mezclar. ~~A tí te perderá tu buen corazón.~~ No seas tan buena, Catalina, también en tu camino hay una cruz. Permanece siempre en la sombra, no te será difícil. Creo que es una suerte que seas muda. (T) Bueno, ya sabe cada cual lo que ahora, subamos a la carreta, y ¡adelante!
- Devuelve el casco al sargento y sube a la carreta.
- RECLUTADOR (Al sargento) ¿Tienes que hacer algo!
- SARGENTO: No me siento nada bien.
- RECLUTADOR: Habrás tomado frío. Con este viento, no debías haberte sacado el casco. Trata de retenerla. Cómprale alguna cosa. (En voz alta) ¿No quieres ver esa hebilla sargento? Esta buena gente para algo está aquí, después de todo. ¡Eh, paren, el sargento quiere comprar una hebilla para el cinto!

- MADRE CORAJE: Se la doy por medio florín. Pero conste que vale dos.
Desciende de la carreta.
- SARGENTO: No es del todo nueva. ¡Sopla un viento, aquí! Pongámonos a cubierto, así puedo examinarla con tranquilidad.
Se va con la hebilla detrás de la carreta.
- MADRE CORAJE: (Siguiéndolo detrás de la carreta) Seis onzas finas.
- RECLUTADOR: (A Eilif) Y nos vamos a tomar un trago, entre hombres. Llevo dinero conmigo ven. (Eilif vacila)
- MADRE CORAJE Entonces medio florín.
- SARGENTO: No entiendo nada. Siempre me quedo detrás de todos. Un puesto muy tranquilo el de sargento: mando a los otros al frente, que vayan sin mí a recoger laureles. Me has arruinado el almuerzo, me sería imposible probar un bocado.
- MADRE CORAJE No hay que tomar las cosas tan a pecho [y menos perder el apetito. Trata de evitar las primeras líneas y ya está.] Toma, bébete un trago, hombre. (Le da de beber)
- RECLUTADOR (Ha tomado del brazo a Eilif y se lo lleva hacia el fondo) Diez florines de entrada y en un abrir y cerrar de ojos te conviertes en un bravo soldado que combate por su rey. Sin hablar de las mujeres que se te derriten en los brazos una tras otra. Ya mí, si te he ofendido, puedes romperme el hocico.
- Salen ambos. Catalina salta de la carreta y articula sonidos roncós.
- MADRE CORAJE: Ya voy, Catalina, le cobro al sargento y voy. (Muerde el medio florín) Desconfío de todas las monedas. Pero la pieza es buena. ¡Vamos, en marcha! ¿Dónde está Eilif?
- REQUESON Se marchó con el reclutador.
- MADRE CORAJE (Se queda como paralizada; despues) Eres un inocente. (A Catalina) Ya sé que no puedes hablar. No tienes la culpa.
- SARGENTO Ahora te toca a ti beber un trago, Madre. Así es la vida. ¡Bah! ¡Ser soldado no es tan terrible como tú crees! Te gusta vivir a costa de la guerra, pro con tus críos bajo el ala, ¿eh?

MADRE CORAJE Engánchate en la carreta con tu hermano Catalina.
Ambos hermanos se unen a la carreta y arrancan. Madre Coraje marcha a su lado. La carreta prosigue su camino.

SARGENTO (Siguiéndolos con la mirada)
Quien con la guerra quiere medrar
Algo tiene que dar.

II

En el transcurso de los años 1625 - 1626, Madre Coraje sigue al grueso de los ejércitos suecos a través de Polonia. Frente a la fortaleza de Wallhof encuentra a su hijo Eilif. Feliz venta de un pavo y día de gloria para el hijo intrépido.

La tienda de campaña del Capitán

A un lado, la cocina. Se oye el retumbar de cañones. El cocinero discute con Madre Coraje, que quiere venderle un pavo.

COCINERO ¡Sesenta ochavos por este mísero pajarraco!

MADRE CORAJE ¡Mísero pajarraco un animal gordo como éste? Vamos, su capitán bien puededarse el lujo de comerse un pavo de sesenta ochavos, glotón como es. [¡Pobre de usted si no le ofrece nada bueno para el almuerzo!]

COCINERO Por diez ochavos consigo una docena de pavos como éste en cualquier parte.

MADRE CORAJE: ¡En cualquier parte, un pavo así? ¡En pleno sitio y con el hambre reinante, que le retuerce a uno las tripas? Tal vez consiga alguna rata, y digo tal vez, porque creo que se las han devorado a todas. El otro día alguien vio pasar una y le siguieron la pista entre cinco durante toda una tarde. ¡Cincuenta ochavos por un pavo enorme, en pleno sitio!

COCINERO Nosotros no somos los sitiados. Somos los sitiadores.
¡Por qué no se lo mete en la cabeza de una buena vez?

MADRE CORAJE: Eso no impide que no haya a qué hincarle el diente.
[Estamos peor que los de la ciudad. Ellos arrasaron con todo, se encerraron en sus casas con sus provisiones y

- están dando la gran vida. ¡En cambio nosotros! He estado con los campesinos, ¡pero no tienen ni esto! Tienen de todo, pero lo esconden.
- COCINERO:
- MADRE CORAJE: (Triunfante) No tienen nada. Están arruinados. Se están devorando sus propias entrañas. Los he visto desenterrar raíces para no morir de hambre. ¡Si se chupan los dedos cuando pueden hervir unas correas! Esa es la verdad. ¡Y yo tengo un pavo y voy a sacrificarlo por cuarenta ochavos!
- COCINERO: Treinta, no cuarenta. He dicho treinta.
- MADRE CORAJE: No se crea que es un pavo vulgar. Es un animal de mucho taléto. Con decirle que no probaba bocado si no se tocaba música, y no cualquiera, tenía que ser su marcha predilecta. Además, sabía contar, tan despierto era. Y usted todavía se queja de que le pida cuarenta ochavos. El capitán le corta las orejas si llega y no hay nada para comer.
- COCINERO: ¿Quiere ver lo que hago? (Toma un trozo de carne de buey y se dispone a cortarlo) Aquí tengo un buen trozo de buey. Lo pongo a cocinar y listo. Y ahora, ¿qué me dice? Le doy quince segundos para decidirse, [último plazo]
- MADRE CORAJE: Cocínelo no más. Es del año pasado.
- COCINERO. Es de ayer a la tarde. Ayer mismo lo vi en persona paseándose por aquí, bien plantado en sus cuatro patas.
- MADRE CORAJE: Entonces es que se estaba pudriendo vivo.
- COCINERO: Lo haré cocinar cinco horas si es preciso, y veremos si resiste o no. (Empieza a cortarlo)
- MADRE CORAJE: Póngale mucha pimienta, que el capitán no sienta que apesta.
- Entran a la tienda el capitán, el capellán y Eilif.
- CAPITAN: (Apoyándose en el hombro de Eilif) Entra, hijo mío, entra con tu capitán y siéntate a su derecha. Te has conducido como un héroe, como un piadoso soldado. Lo que has hecho en esta guerra santa, lo has hecho por DIos. Por eso tu hazaña tiene mayor mérito ante mis ojos. Te regalaré un brazalete de oro en cuanto sea mía la ciudad.

Hemos venido para salvar sus almas, ¿y qué hacen estos desvergonzados, estos campesinos de miércoles? ¡Pues arrean el ganado, para cebar a sus curas por delante y por detrás! Pero tú les has dado su merecido. Toma esta jarra de tinto, y nos la despachamos entre los dos.

(Beben) Y al capellán, que es tan devoto, le damos un poco de mierda. Queridito, ¿qué quieres para el almuerzo?

EILIF Un poco de carne no vendría mal.

CAPITAN: ¡Carne, cocinero!

COCINERO Se trae ^{invitados} ~~convitados~~ y yo no tengo nada en la olla.

Madre Coraje lo hace callar para poder oír mejor.

EILIF Desollar campesinos despierta el apetito.

MADRE CORAJE: ¡Jesús, es mi Eilif!

COCINERO ¿Qué?

MADRE CORAJE Es mi hijo mayor. Hace ya dos años que no lo veo. [Me lo robaron en el camino. Debe estar muy bien visto por el capitán para que lo invite a su mesa. Y tú, ¿qué piensas servirle? ¡Nada! ¡No has oído lo que quiere el huésped del capitán? ¡carne!] Te doy un buen consejo: llévate el pavo y basta de discusiones. Te lo dejo por un florín.

CAPITAN: (Se sienta a la mesa con el capellán y Eilif, y chilla)

¡Danos algo de comer, o te mato, cocinero del diablo!

¡Venga el pavo, extorsionadora!

¡Cómo!, ¿ya no es un mísero pajarraco?

Es un mísero pajarraco, pero dámelo de todos modos.

¡Cincuenta ochavos es un pecado!

MADRE CORAJE Te dije un florín. Para mi hijo mayor, para el querido invitado del capitán, nada es demasiado caro.

COCINERO (Entregándole el florín) Desplúmalo por lo menos, mientras yo enciendo el fuego.

MADRE CORAJE (Sentándose a desplumar el ave) ¡La cara que va a poner cuando me vea! Es inteligente, este hijo mío, y muy audaz. Tengo otro que es medio tonto, pero recto. La

hija no cuenta, pero es muda y ya es algo. }

CAPITAN:

Eilif, hijo mío, tómate otro trago de este Falerno, es mi vino preferido. Me quedan uno o dos toneles nada más, pero contigo no voy a escatimarlos. Me has dado la prueba de que la santa fe no ha muerto en mi ejército. El pastor de almas que se queda ahí mirándonos no sabe otra cosa que predicar mientras los demás se desloman. ¡Un incapaz! Y ahora, Eilif, hijo mío, cuéntanos cómo te diste maña para burlar a los campesinos y quitarles veinte bueyes. Esperemos que pronto estén aquí.

EILIF:

Un día o dos, a lo sumo.

MADRE CORAJE:

¡Que considerado es mi hijo! De haber llegado hoy con sus animales, ni una mala mirada le dedicaba usted a mi pavo.

EILIF

Bien, las cosas sucedieron así: yo sabía que los campesinos ocultaban sus bueyes en el bosque y que por la noche, protegidos por la oscuridad, los llevaban sigilosamente a un montecillo, a donde iban a buscarlos después los de la ciudad. Como sé que a ellos les resulta más fácil arrearlos que a mí, me quedo inmóvil y los dejo que vayan reuniendo sus bueyes. Entretanto, a mi gente la tengo racionada desde dos días antes, para que suspiren por un pedazo de carne, de modo que se babeen sólo de oír alguna palabra que empiece con car, ya sea cardo o carestía. Fue muy astuto de tu parte.

CAPITAN

EILIF

Tal vez. Lo demás marchó solo. Salvo que los campesinos tenían unos tremendos garrotes y eran tres veces más que nosotros. Ahí no más nos lanzan un ataque de todos los diablos, cuatro de ellos se abalanzan sobre mí en plena espesura y me hacen saltar la espada, gritando: ¡Ríndete! ¡Qué hacer?, pienso yo. Estos me hacen picadillo.

APITAN

ILIF

¿Y qué hiciste?

APITAN:

Me eché a reír.

¿Cómo?

- EILIF Me eché a reír. Y en esa forma nos pusimos a conversar. En seguida propongo una transacción, y digo: veinte florines por un buey es demasiado para mí, ofrezco quince. Como si estuviera dispuesto a pagarlos. Los otros se quedan atónitos y se rascan la cabeza. Yo, ni lento ni perezoso, me agacho, recojo mi espada y los aniquilo. La necesidad no tiene ley, ¿verdad?
- CAPITAN ¿Qué opinas tú, pastor de almas?
- CAPELLAN: A decir verdad, ese proverbio no figura en las Santas Escrituras. Pero no hay que olvidar que nuestro Señor realizó el milagro de multiplicar los panes, haciendo quinientos con cinco solamente. Como en aquellos tiempos los hombres no estaban acuciados por la necesidad, fácil era exigirles que amaran al prójimo. Pero en nuestros días las cosas son distintas.
- CAPITAN (Riendo) Muy distintas. Bébetes un trago, fariseo, te lo has ganado. (A Eilif) Así que los destrozaste. Bien hecho. Para que mis valientes soldados pudieran saborear un buen trozo de carne. ¿Acaso no está dicho en las Sagradas Escrituras: Lo que hiciéreis por el más pequeño de mis hermanos es por mí que lo hacéis? Y esto es lo que has hecho tu por mis soldados: les has conseguido buena carne de buey, para que no tengan que seguir comiendo pan enmohecido. Desde que combaten por la causa de Dios ya no lo soportan.
- EILIF: Sí, me agaché, recogí el sable y los destrocé.
- CAPITAN Tienes el temple de un joven César. Deberías ir a ver al Rey.
- EILIF: Lo vi de lejos. Brillaba como un astro. Me gustaría parecerme a él.
- CAPITAN: Te pareces en muchos aspectos. A los soldados intrépidos como tú, Eilif, los estimo. Por eso los trato como si fueran mis propios hijos. (Lo conduce hasta un mapa) ¿Ves? Esta es la situación de nuestros ejércitos. Me harían falta muchos valientes como tú.

- MADRE CORAJE: (Que escucha mientras despluma colérica su pavo) Mal capitán ha de ser ése.
- COCINERO Comilón es, pero mal capitán, ¿por qué?
- MADRE CORAJE: Porque necesita soldados valientes. Si fuera capaz de trazar un buen plan de campaña, le bastarían soldados simples y vulgares. Está comprobado que allí donde abundan las grandes virtudes, hay algo que falla.
- COCINERO: Siempre creí que las grandes virtudes eran una buena señal.
- MADRE CORAJE: No, son señal de que algo anda mal. Si un capitán o un rey es incapaz y lleva a sus tropas a un callejón sin salida, los soldados tendrán que multiplicar su coraje para no sucumbir. Si el jefe es un tacaño y ha escatimado en el reclutamiento de tropas, los soldados tendrán que convertirse en verdaderos Hércules. Si es un tarambana, a quien se le importa un rábano la suerte de sus hombres, tendrán que obrar con la prudencia de una serpiente. Y si se los abrumba con toda clase de exigencias, tendrán que ser de una lealtad a toda prueba. Todas estas virtudes son completamente innecesarias en un país donde tanto el rey como los capitanes han sabido imponer el orden. Allí donde las cosas marchan como Dios manda, las virtudes están de más y cualquiera puede darse el lujo de ser un mediocre, un tonto y hasta un cobarde.
- CAPITAN Apuesto a que tu padre fue soldado.
- EILIF: Y un gran soldado, por lo que sé. Mi madre siempre me advirtió que no debía imitarlo. Sé una canción sobre eso.
- CAPITAN: ¡Cántala! (Bramando) ¡Para cuándo esa comida!
- EILIF: Es la canción de la mujer y el soldado.
- Canta, bailando una danza guerrera con su sable.
- "Las balas van y vienen, los puñales atraviesan la piel
Y el agua devora a quien osa cruzarla.
El hielo te acecha, sé prudente, no vayas".
Decía la mujer al soldado.

Pero el soldado, armado hasta los dientes,
Escucha los tambores y se va sonriente.

"Andar no mató nunca a nadie.

Hay que bajar al sur y subir hacia el norte
Y apretando el puñal alejar a la muerte",
A la mujer dijeron los soldados.

"¡Ay de aquel que desoye el consejo prudente!
Sólo habrá para él pena y remordimiento.
¡No vayas, temerario! ¡Tu sino está marcado",
Decía la mujer al soldado.

Pero el soldado, con el puñal al cinto
Se le ríe en la cara y penetra en el agua.

"Un poco de agua no mató nunca a nadie.

Cuando blanca brille la luna sobre el tejado,
Entonces volveremos, ¡reza por tu amado",
A la mujer dijeron los soldados.

MADRE CORAJE

(En la cocina, continúa la canción golpeando una olla
con la cuchara)

"Pasas como el humo, tu calor me abandona,
Y tus hazañas no me lo devolverán.

¡Oh humo que te esfumas, Dios te guarde en el cielo!"
Decía la mujer al soldado.

EILIF

¿Qué es esto?

MADRE CORAJE

(Continuando)

Y el soldado, con el puñal al cinto
Rompe el hielo y se hunde en el medio del río,
Porque el agua devora a quien osa cruzarla.
Fría brilla la luna blanca sobre el tejado
Pero el soldado yace bajo el río Helado.

¿Y qué dijeron a la mujer los soldados?

"Pasó como el humo, su calor lo abandonó,
Y sus hazañas no se lo devolverán."

"Ay de aquel que desoye el consejo prudente!
Sólo habrá para él pena y remordimiento,
Decía la mujer al soldado.

- CAPITAN Parece que hoy hay jolgorio en mi cocina.
- EILIF: (Ha entrado en la cocina y besa a su madre) ¡Finalmente te he encontrado! ¿Dónde están los demás?
- MADRE CORAJE: Felices como pez en el agua. Requesón es tesorero del Segundo Regimiento. Por lo menos así no iré al frente. Pero el también tuvo que engancharse, no hubo modo de impedirlo.
- EILIF ¿Cómo van tus pies?
- MADRE CORAJE: Por la mañana siempre me cuesta trabajo hacerlos entrar en los zapatos.
- CAPITAN (Que se ha acercado) De modo que eres su madre. ¿No tienes otros hijos tan buenos como éste para darme?
- EILIF: Esto se llama tener suerte. Tú, sentada en la cocina y oyendo como elogian a tu hijo.
- MADRE CORAJE: Sí, lo oí todo. (Le da una bofetada)
- EILIF (Llevándose la mano a la mejilla) ¿Es porque robé los bueyes?
- MADRE CORAJE: No, es porque no te rendiste cuando los cuatro campesinos se te echaron encima y casi te hacen picadillo. ¿No te dije que debías cuidarte, diablo finés?
- El capitán, el capellán, en el umbral, ríen a carcajadas.

III

Han transcurrido tres años. Madre coraje cae prisionera con el resto del regimiento finés. Consigue salvar a su hija y su carreta, pero pierde al hijo honrado.

El campamento.

Es de tarde. En la punta del mástil ondea la bandera del regimiento. Desde un gran cañón hasta la carreta, opulentamente cargada de mercadería nueva, Madre Coraje ha tendido una cuerda para colgar la ropa. Junto con su hija Catalina doblan la ropa apoyándose en el cañón. Madre Coraje regatea con el intendente por una bolsa de balas. Requesón, vestido con uniforme de tesorero, los observa. Frente a una copa de aguardiente, una linda personita, Yvette Pottier, cose un sombrero abigarrado. Se ha quitado sus zapatos rojos y los ha dejado a un lado.

- INTENDENTE Le dejo la bolsa de balas por dos florines. Es barato, pero necesito dinero; hace dos días que mi coronel se está emborrachando con sus oficiales y ya no queda vino.
- MADRE CORAJE: ¡Pero son municiones del ejército! Si me las encuentran encima me mandan al tribunal militar. Ustedes venden las municiones, ¡canallas!, y los soldados no tienen con qué tirar cuando ataca el enemigo.
- INTENDENTE ¡No sea cruel! La mano derecha ignora lo que hace la izquierda.
- MADRE CORAJE No trafico con material del ejército. Por lo menos no a ese precio.
- INTENDENTE: Esta misma noche se lo revende con toda discreción al intendente del Cuarto regimiento. El le dará cinco florines y hasta ocho con tal de que usted le firme un recibo por doce. No le quedan municiones de ninguna clase.
- MADRE CORAJE: ¿Por qué no hace usted la operación?
- INTENDENTE: No le tengo confianza, es amigo mío.
- MADRE CORAJE: (Tomando la bolsa) Démela. (A Catalina) Guárdala adentro y dale un florín y medio. (A un gesto de protesta del intendente) He dicho florín y medio. (Catalina se lleva la bolsa, el intendente la sigue. A Requesón) Aquí tienes tus calzoncillos, estamos en octubre y el otoño puede llegar en cualquier momento. ¿Me oyes? He dicho puede llegar y no llegará. He aprendido a no esperar nada con absoluta certeza, ni siquiera la llegada de las estaciones. Lo único cierto es que la caja del regimiento debe estar en orden, pase lo que pase. ¿Está en orden tu caja?
- REQUESON: Sí, madre.
- MADRE CORAJE: No olvides que te nombraron tesorero porque eres recto y honrado y no un deschavetado como tu hermano. Por otra parte, eres demasiado inocente para pensar en levantar campamento con la caja. Ni se te ocurriría semejante cosa. Por ese lado estoy tranquila. Y no vayas a perder los calzoncillos.

REQUESON No, madre, los pondré bajo el colchón. (Se dispone a marcharse)

INTENDENTE: Me voy contigo, tesorero.

MADRE CORAJE: No le vaya a enseñar ninguna de sus artimañas.

El intendente sale con Requesón, sin saludar.

YVETTE: (Saludando con la mano) Podrías saludar, intendente.

MADRE CORAJE: (A Yvette) No me gusta verlos juntos. No es el tipo de compañía que le conviene a mi Requesón. (En fin, parece que la guerra pinta bien. Antes de que todos los países entren en danza pasarán por lo menos cuatro o cinco años. Con un poco de previsión y mucha prudencia, haré buenos negocios.) ¿No sabes que con tu enfermedad no debes beber por la mañana?

YVETTE: ¿Quién dice que estoy enferma? Son calumnias, nada más que calumnias.

MADRE CORAJE: Todos lo dicen.

YVETTE: Pues todos mienten. Ya no puedo más, Madre Coraje, la gente me evita como a pescado podrido por culpa de esas habladurías. ¡Ya no sé para qué estoy arreglando mi sombrero! (Lo arroja al suelo) Por eso bebo a la mañana. Antes jamás lo hacía, porque arruga la piel. Pero ahora, tanto me da. Todos me conocen en el Segundo finés. No debí irme de casa cuando mi primer amigo me dejó plantada. El orgullo no se hizo para nosotras. Hay que saber tragarse todas las inmundicias si una no quiere despeñarse.

MADRE CORAJE: No vuelvas a llenarme la cabeza con las historias de tu famoso Pedro delante de mi hija que es una inocente.

YVETTE: Razón de más para que escuche. Eso le ayudará a precaverse del amor.

MADRE CORAJE: Del amor nadie puede precaverse.

YVETTE: Entonces lo contaré para aliviarme. Todo sería distinto si yo no hubiera nacido en la hermosa tierra de Flandes. Nunca lo habría conocido y ahora no estaría aquí, en Polonia. Era cocinero de campaña. Rubio, holandés. Pero un holandés delgado. Catalina, desconfía de los delgados.

En aquellos tiempos yo no desconfiaba. Tampoco sabía que él tenía otra muchacha y que lo llamaban Pedro el de la Pipa, porque no se la sacaba de los labios, ni aun cuando hacía el amor, tan poca importancia le daba.

Canta la canción de la Fraternización.

Tenía yo quince años
 Cuando el invasor entró.
 Envainó en seguida el sable
 Y de la mano me tomó.

Era una noche de mayo
 Después de la oración.
 La tropa estaba en el valle
 Se oía batir el tambor.
 El invasor nos tomó por el talle
 Y comenzó la fraternización.

Muchos enemigos había.
 El mío era un cocinero.
 Lo odiaba durante el día
 Y por la noche lo amaba.

Es una noche de mayo.
 Después de la oración.
 La tropa acampa en el valle
 Se oye batir el tambor.
 El invasor nos toma por el talle
 Y sigue la fraternización.

El amor que yo sentía
 ERA una fuerza celestial.
 Mi gente no comprendía
 Y me llamó desleal.

Una pálida mañana
 Mi tormento comenzó.
 La tropa estaba en el valle
 Se oyó batir el tambor.
 El enemigo, y con él mi amor,
 La ciudad abandonó.

Lo seguí para mi desgracia, pero nunca volví a encontrarlo, hace ya cinco años. (se retira vacilando detrás de la carreta)

MADRE CORAJE: Olvidas tu sombrero.

YVETTE: Que se lo lleve quien quiera.

MADRE CORAJE: Espero que esto te servirá de lección, Catalina. No te metas jamás con los soldados. [El amor es una fuerza celestial, ya lo has oído. Pero no vayas a creer que con los civiles todo es color de rosa. Te juran que besarán el suelo donde se han posado tus pies - a propósito, ¿te los lavaste ayer?- y termians siendo su criada. Puedes estar agradecida de ser muda. Así no tendrás que contradecirte jamás. Jamás tendrás que arrepentirte de haber dicho la verdad. Ha sido un regalo de Dios.] Allí viene el cocinero del capitán. ¿Qué querrá ese?

Entran el cocinero y el capellán.

CAPELLAN: Le traigo un mensaje de su hijo Eilif. El cocinero quiso acompañarme. Parece que le ha causado usted una gran impresión.

COCINERO: Lo acompañé para tomar un poco de aire.

MADRE COTAJE: Puede tomarlo aquí si le gusta, siempre que se porte con corrección. (Al capellán) ¿Qué quiere Eilif? Si es dinero, desde ya le advierto que no tengo.

CAPELLAN: A decir verdad, el mensaje está más bien destinado a su hermano el tesorero.

MADRE CORAJE: No está aquí, ni en ninguna parte. Y sobre todo no es el tesorero de su hermano. Que no venga Eilif a hacerse el más astuto de la familia. (Saca dinero de su bolso y se lo dá) Es un pecado explotar así el amor materno. Debería darle vergüenza.

COCINERO: Vamos, esto no va a durar eternamente. Pronto volverá a partir con su regimiento, a la muerte tal vez. Redon- déele la suma, no sea que después tenga que arrepentirse. Así son ustedes las mujeres, duras, druas, y luego,

cuando ya es demasiado tarde, vienen las lamentaciones.
 ¿Qué les costaba darle aquella copita de aguardiente que les idió? Nada, pero se la negaron y ahora el pobre muchacho duerme para siempre bajo la hierba verde. ¡Vayan después a desenterrarlo!

CAPELLAN:

No se enterezca, cocinero. Morir en una guerra como ésta no es una desdicha, sino una gracia. ¿Por qué? Porque esta guerra no se asemeja en nada a las demás. Aquí se combate por la fe. Es una guerra santa y por lo tanto agradable a los ojos de Dios.

COCINERO

Es exacto. Por un lado, esta guerra es como todas las guerras: se incendia, se mata, se saquea y cuando se presenta la ocasión, se viola un poco. Pero, por otro lado, difiere de las otras en que es una guerra santa. Está clarísimo. Pero también da sed, hay que reconocerlo.

CAPELLAN:

(A Madre Coraje, señalando al cocinero) Traté de impedirle que vinera, pero me dijo que usted lo había hechizado. De noche sueña con usted.

COCINERO:

(Encendiendo su pipa) No deseaba otra cosa que una copita de aguardiente servido por una mano hermosa. Pero ya he sido bastante castigado: a lo largo del camino el capellán me ha hecho tales bromas que todavía estoy rojo de vergüenza.

MADRE CORAJE:

¿Qué sería si no vistiera ese hábito? Tendré que darles de beber o terminarán haciéndome proposiciones deshonestas sólo para matar el tiempo. (Va a llenar dos copas)

CAPELLAN

Aquí está latencia, dijo un día el capellán de la corte, y cayó en ella. (Se dirige a la carreta y descubre a Catalina) ¿Quién es esta encantadora persona?

MADRE CORAJE:

No es una encantadora persona, es una persona decente.

El capellán y el cocinero acompañan a Madre Coraje detrás de la carreta. Catalina los sigue con la mirada, deja la ropa blanca y se acerca al sombrero que Yvette había abandonado. Lo recoge y se lo pone. Se calza los zapatos rojos. Se oye a Madre Coraje hablar de política con el capellán y el cocinero)

MADRE CORAJE: Los polacos no tenían por qué entremeterse aquí, en Polonia. Es verdad que nuestro Rey entró en estas tierras con sus caballos, sus hombres y sus bagajes. Pero a ellos, en vez de salvaguardar la paz, no se les ocurre otra cosa que intervenir en los asuntos del país y atacan al rey en el preciso momento en que avanza pacíficamente para restablecer el orden. Consecuencia: ellos son los únicos responsables de la guerra y toda la sangre vertida recae sobre sus cabezas.

CAPELLAN: nuestro Rey sólo ha buscado la libertad de los pueblos. El Emperador tenía sojuzgados a los polacos y a los alemanes, y por supuesto, al Rey no le quedó otro recurso que liberarlos.

COCINERO: Opino lo mismo -su aguardiente es excelente, me lo imaginé en seguida al ver su hermoso rostro, Madre Coraje-, pero ya que hablamos del Rey, hay que confesar que esa libertad que quiso imponer en Alemania le costó muy caro. En primer lugar, tuvo que aplicar en Suecia un impuesto a la sal, lo que le cayó muy mal a esa pobre gente. Y en segundo lugar, se vio obligado a encarcelar y destrozar a los alemanes que pretendían seguir siendo esclavos del Emperador. Puedo asegurarles que el Rey no se andaba con bromas con los que se negaban a ser libres. Al principio, trató de proteger únicamente a Polonia de toda esa mala gente en general y del Emperador en particular, pero como el apetito viene comiendo, terminó por poner a toda Alemania bajo su protección. Ese pobre Rey, tan bueno, que derramó por doquier su oro y su bondad, sólo cosechó disgustos. En cuanto a los gastos, no tuvo más remedio que aplicar nuevos impuestos para cubrirlos, y al pueblo, por supuesto, se le revolvía la sangre. [Pero la voluntad de Dios estaba de su parte, y eso es mucho decir, porque si no se hubiera murmurado que lo que buscaba era su beneficio personal. Mientras que así pudo conservar su conciencia tranquila, que para él era lo esencial.]

MADRE CORAJE: Se ve que usted no es sueco, pues si no hablaría de otro modo de nuestro heroico Rey.

CAPELLAN: Al fin de cuentas, usted come de su pan.

COCINERO: Yo no lo como, lo horneo.

MADRFE CORAJE: (El Rey de Suecia es invencible porque sus hombres confían en él.) (Seria) Si uno prestara oídos a lo que dicen los grandes señores, llegaría a la conclusión de que sólo hacen la guerra por temos a Dios y para defender todo lo bueno y hermoso que hay en la tierra. Pero en realidad no son tan tontos como parecen: hacen la guerra para lucrar. Si no fuera así, si la guerra no reportara ningún provecho, tampoco la haría pobre gente como yo.

COCINERO: Así es.

CAPELLAN: Usted que es holandés haría bien en mirar la bandera que ondea en ese mástil antes de venir a exponer sus opiniones en Polonia.

MADRE CORAJE: Aquí sólo hay buenos protestantes. ¡A su salud!

Catalina se pasea, pavoneándose con el sombrero de Yvette e imitando su modo de andar. De pronto se oye el tronar de los cañones y silbido de balas. Redoble de tambores. Madre Coraje, el Capellán y el cocinero salen corriendo por detrás de la carreta, los dos últimos con un vaso en la mano. El intendente y un soldado se abalanzan sobre el cañón y se disponen a llevárselo.

MADRE CORAJE: ¡Qué hacen? ¡Tengo que descolgar la ropa, sinvergüenza! (Trata de poner a salvo su ropa)

INTENDENTE: ¡Los católicos! ¡Atacan! ¡Sálvese quien pueda! (Al soldado) ¡Llévate ese cañón! (Sale Corriendo)

COCINERO: ¡En nombre de Dios! Debo reunirme con mi capitán. Volveré algún otro día y proseguiremos la charla. (Sale corriendo)

MADRE CORAJE: Un momento, se olvida su pipa.

COCINERO: (de lejos) Guárdemela, la necesitaré.

MADRE CORAJE: Caen en buen momento, estos católicos. Justo cuando yo empezaba a levantar cabeza.

CAPELLAN: Bien, yo también me esfumo. Claro que con el enemigo pisándole a uno los talones podría ser peligroso. Bienaventurados los pacíficos, suele decirse en tiempos de

guerra. Si por lo menos tuviera una capa.

MADRE CORAJE: Yo no presto mis capas ni para salvarle a nadie el pellejo. Ya estoy escarmentada.

CAPELLAN: Piense que mi religión protestante me convierte en un blanco muy vulnerable.

MADRE CORAJE: (Yendo a buscar una capa) Estoy obrando contra mi conciencia. Vaya, dése prisa.

CAPELLAN: Que Dios le pague este noble gesto. Pero pensandolo bien, ¿no sería más prudente no moverme de aquí? Si me van a disparar, podría despertar sospechas en el enemigo.

MADRE CORAJE: (Al soldado) ¡Deja ese cañón tranquilo, imbécil! ¿O crees que te van a dar un premio? Yo me ocuparé de él; tú, salva tu pellejo.

SOLDADO: (Huyendo) Usted es testigo de que hice lo que pude.

MADRE CORAJE: Lo juraré por mi propia vida. (Ve a su hija con el sombrero puesto) ¿Qué haces con ese sombrero de puta? Te sacas en seguida esa cacerola. ¿Te has vuelto loca? El enemigo está a dos pasos de aquí. (Le arranca el sombrero) ¿Quieres que te descubran y te conviertan en una puta? ¡Y se ha puesto los zapatos rojos, esta babilónica! (Intenta sacárselos) ¡Jesús, ayúdeme, capellán, sáquele esos zapatos, pronto! Vuelvo en seguida. (Corre hacia la carreta.

YVETTE: (Vuelve, empolvándose) ¿Qué dicen, que vuelven los católicos? ¿Dónde está mi sombrero? ¿Quién estuvo pisoteando mi sombrero? No voy a pasearme en harapos precisamente cuando llegan los católicos. ¿Qué van a pensar de mí? Ni siquiera tengo un espejo. (Al capellán) ¿Estoy bien? ¿No me puse demasiado polvo?

CAPELLAN: Está muy bien.

YVETTE: ¿Y mis zapatos? ¿Dónde están mis zapatos rojos? (Catalina esconde los pies bajo la falda) Estoy segura de que los dejé aquí. Ahora tendré que ir descalza hasta mi tienda. ¡Es un escándalo! (Sale. Llega Requesón corriendo. Trae un cofre)

- ADRE CORAJE: (Con las manos llenas de ceniza, a Catalina) Aquí traigo un poco de ceniza, ven. (A Requesón) ¿Qué tienes ahí?
- EQUESON: La caja del regimiento.
- ADRE CORAJE: ^{Bolap} Tírala inmediatamente. Ya no habrá que pagar a nadie.
- EQUESON: Me la han confiado. (Se dirige hacia el fondo)
- ADRE CORAJE: (Al capellán) Quítate el hábito, capellán. Aunque lleves la capa te reconocerán. (Ensucia la cara de Catalina con las cenizas) ¡Quieta! Un poco de mugre y estás a salvo. Los centinelas estaban borrachos. ¡Qué desgracia! Dicen que los encantos hay que mantenerlos a buen recaudo. Basta que un soldado, sobre todo si es católico, encuentre un rostro medianamente agraciado para que haya una puta más bajo el sol. Los tienen con las riendas cortas durante una semana y cuando de pronto se las aflojan, se abalanzan sobre las muchachas. Bueno, ya está. a ver, no está mal. Pareces salida de un tacho de basura. No tiembles. No te pasará nada. (A Requesón) ¿Dónde metiste la caja?
- EQUESON: Creo que lo mejor sería esconderla en la carreta.
- ADRE CORAJE: (Indignada) ¿Cómo? ¿En mi carreta? ¿una imbecilidad semejante merece la condenación eterna! ¿En cuanto una vuelve la espalda, ya está! ¿Pero no te das cuenta de que nos colgarían a los tres?
- EQUESON: Entonces la escondo en otra parte o me escapo con ella.
- ADRE CORAJE: Quédate aquí. Es demasiado tarde para huir.
- PELLAN: (A medio vestir) ¡Dios santo, la bandera!
- ADRE CORAJE: (Baja la bandera del regimiento) ¡Jesús! ¡No me había fijado! Hace veinticinco años que la tengo.

Se oye con más fuerza el estruendo de los cañones.

Tres días después, de mañana. El cañón ha desaparecido. Madre Coraje Catalina, el capellán y Requesón están sentados comiendo, con aire acongojado.

- EQUESON: Hace ya tres días que estoy aquí, holgazaneando. El sargento, que siempre ha sido tan bueno conmigo, se estará preguntando: ¿Por dónde andará el Requesón con la caja?

MADRE CORAJE: Puedes considerarte dichoso de que nadie te haya reconocido.

CAPELLAN: ¿Y qué tendría que decir yo, que no me atrevo a pronunciar ni un breve sermón, o no respondo de mi vida? Dicen que cuando el corazón está lleno desborda por la boca. ¿Qué sería de mí si me llegara a desbordar!

MADRE CORAJE: Ahora tengo a dos sobre mis espaldas, uno con su fe y el otro con su caja. No sé cuál es más peligroso.

CAPELLAN: ¿Qué quiere! Estamos en la mano de Dios.

MADRE CORAJE: No creo que todo esté perdido, y sin embargo no logro conciliar el sueño por la noche. Sobre todo por tí, Requesón. Yo creo haber salido bastante bien del paso. Les conté que detestaba al anti-Cristo sueco, que lo había visto con mis propios ojos, con sus cuernos y todo, y que el izquierdo estaba un poco gastado en la punta. En mitad del interrogatorio les pregunté dónde podía comprar cirios a un precio acomodado. por suerte estoy más o menos al corriente de sus ritos, porque el padre de Requesón era católico y solía hacer bromas acerca de su religión. Me creyeron a medias, pero como no tienen cantina en el regimiento hicieron la vista gorda. Quién sabe si no saldremos ganando todavía. Estamos prisioneros, es cierto, pero como los piojos en la piel.

CAPELLAN: La leche es buena, pero la cantidad deja bastante que desear. Tendremos que moderar nuestro apetito sueco. ¿Qué se va a hacer, somos los vencidos!

MADRE CORAJE: ¿Quiénes son los vencidos? Las victorias y las derrotas de los grandes no siempre coinciden con las de los pobres. Hasta se ha visto derrotas que terminaban por beneficiar a los de abajo. ¡Nada se ha perdido, salvo el honor! Recuerdo que una vez, en Livonia, nuestro capitán sufrió un descalabro tal que, en medio de la confusión general, un hermoso caballo vino a parar en mis manos. Durante siete meses tiró de mi carreta hasta el día en que el capitán obtuvo una victoria. Entonces se

se hizo un inventario. En general, victoria o derrota, nosotros somos siempre los perjudicados. Lo mejor es que la política permanezca estacionaria. (A Requesón) ¡Come!

JESON: No le siento gusto a nada. ¿Cómo se va a arreglar el sargento para pagar la soldada?

RE CORAJE: Cuando el ejército está en desbandada, no se paga a los soldados.

JESON: Sí que se les paga. Si no pueden negarse a marchar, pueden negarse a huir.

RE CORAJE: Requesón, tus escrúpulos me asustan. Tú sabes que te enseñé a ser honesto porque no tenías ni una pizca de malicia. Pero todo tiene un límite. Bien, ahora tengo que ir a comprar una bandera católica y carne. Me llevo al capellán. No hay otro como él para elegir la carne, la compra con la seguridad de un sonámbulo. Creo que descubre los buenos trozos por la saliva que le fluye a la boca. En fin, mientras me dejen seguir con mi comercio todo irá bien; lo que se le pregunta a un comerciante no es su religión sino sus precios. Y los calzoncillos protestantes calientan tanto como los demás.

ELLAN: Mendigos siempre harán falta, dijo un monje mendicante cuando le contaron que los luteranos iban a ponerlo todo patas para arriba. (Madre Coraje) desaparece adentro de la carreta) La verdad es que se hace mala sangre por esa famosa caja. Hasta ahora no hemos llamado la atención, creen que somos todos de la carreta. Pero, ¿hasta cuándo?

JESON: Puedo hacerla desaparecer.

ELLAN: Eso es más peligroso todavía. Tienen espías por todas partes. Ayer, sin más, surgió uno de la zanja en donde yo hacía mis necesidades. Del susto apenas pude contener un rezo que me subía a los labios. Eso hubiera bastado para que me identificaran. Son capaces de ir a olfatear los excrementos para saber si uno es protestante. El espía era una especie de engendro con un parche en un ojo.

RE CORAJE: (Descendiendo de la carreta con un cesto) ¡Mira lo que encontré adentro, mujerzuela! (Blande los zapatos de Yvette)

¡Los zapatos de Yvette! Se los robó con la mayor sangre fría. Todo porque usted le metió en la cabeza que es una persona atractiva. (Pone los zapatos en el cesto) Se los devolveré. ¡Mire que robarle los zapatos a Yvette! Que la otra se pierda por dinero, lo comprendo, pero que tú lo hagas de balde, para divertirte... Ya te he dicho que esperes a que llegue la paz. Pero no se te ocurra elegir a un soldado. Cuando termine la guerra tendrás tiempo de coquetear.

CAPELLAN: ~~No me parece que sea coqueta.~~

MADRE CORAJE: Demasiado lo es todavía. Yo quisiera que fuese como un guijarro de esta tierra polaca, en la que no hay otra cosa que guijarros, para que nadie se percatara de su existencia. Mientras sea así no le ocurrirá nada. (A Requesón) Deja esa caja donde está, ¿me oyes?, y vigila a tu hermana, que lo necesita. Van a acabar por chuparme toda la sangre, ustedes dos. Sería más fácil cuidar una bolsa llena de pulgas. (Se marcha con el capellán. Catalina ordena la vajilla)

REQUESON: Dentro de poco ya no se podrá estar sentado al sol en mangas de camisa. (Catalina le señala un árbol) Sí, sus hojas comienzan a amarillear. (Por medio de ademanes, Catalina le pregunta si quiere beber) No, no quiero beber. Estoy reflexionando. (pausa) Dijo que no puede dormir de noche. Tengo que hacer desaparecer la caja. Conozco un escondrijo. Sírveme una copa, de todos modos, Catalina. (Catalina va detrás de la carreta) Voy a ocultarla en esa topera a orillas del río. Esta noche o mañana a la madrugada iré a buscarla para devolverla al regimiento. En tres días no pueden haber ido muy lejos de aquí. ¡la cara que pondrá el sargento cuando me vea! ¡Te Felicito Requesón, nunca me imaginé que serías capaz de hacer esto! ¡Te confío la caja y tú me la traes de vuelta.

En el momento en que Catalina regresa con una copa llena de aguardiente, tropieza con dos hombres. Uno de ellos es un sargento, el otro lleva un parche en un ojo. Hace un gran saludo a Catalina.

HOMBRE PARCHE: ¡Dios la guarde, hermosa niña! ¿No ha visto por aquí a un hombre del Segundo Regimiento finés?

Catalina muy asustada, huye derramando parte del aguardiente. Los dos hombres se miran y se retiran después de haber descubierto a Requesón sentado en su rincón.

REQUESON: (arrancado bruscamente de sus meditaciones por Catalina) Has derramado la mitad. ¿Qué significan esas muecas? ¿Te has golpeado un ojo? No te comprendo. Bien, me voy, es lo mejor que puedo hacer. (Se levanta. Catalina trata de advertirle del peligro que corre) ¿Qué quieres? Tienes algo que decirme y no puedes expresarte, pobre animalito. ¿Qué has derramado e aguardiente? No te aflijas. No es la última copa que voy a beber. ¡Una más o menos, qué importa! (Va a buscar la caja a la carreta y la oculta bajo su chaqueta) Vuelvo en seguida. Suéltame de una vez o me enojo. Sí, sí, tienes razón. ¡Ah! Si pudieras hablar...

Como Catalina quiere retenerlo, la besa y se desprende de ella. Luego se marcha. Catalina, desesperada, va y viene, lanzando gritos desarticulados. Vuelven el capellán y Madre Coraje. Catalina se abalanza sobre su madre.

MADRE CORAJE: ¿Qué ocurre? ¿Que ocurre? ¿Alguien te ha hecho daño? Pero estás trastornada. ¿Dónde está Requesón? Cuéntame pausadamente, Catalina. Tu madre te comprende. ¿Qué? ¿Al final se llevó la caja? Ya le voy a dar a ese testarudo. No te atropelles. Y sobre todo, no ladres como un perro. ¿Qué va a pensar el capellán? Trata de explicarte con las manos. ¿Pasó un tuerto por aquí?

CAPELLAN: ¿Un tuerto? Es el espía. ¿Prendieron a Requesón? (Catalina asiente con la cabeza) Estamos perdidos.

MADRE CORAJE: (saca del cesto una bandera católica. El capellán la anuda al mástil) ¡Ice la bandera nueva!

CAPELLAN: (Amargamente) ¡Ahora, aquí sólo hay buenos católicos!

Se oyen voces. Vuelven los dos hombres trayendo a Requesón.

REQUESON: Suéltense, yo no hice nada. Me van a arrancar el brazo. Soy inocente.

SARGENTO: Aquí es donde vive. Están todos confabulados.

MADRE CORAJE: ¿Nosotros? ¿Cómo?

REQUESON No conozco a esta agente. ¿Qué se yo quiénes son!
No tengo nada que ver con ellos. Tomé un plato de sopa y nada más. Me costó diez ochavos. por eso me vieron sentado aquí. Por otra parte, estaba saladísima.

SARGENTE: Y ustedes, quiénes son.

MADRE CORAJE: Personas decentes. Es verdad, comió aquí y cuando pagó se quejó de que a comida enía demasiada sal.

SARGENTO: ¿Me quiere hacer creer que no conoce a este mozo?

MADRE CORAJE: No puedo conocer a todo el mundo. No tengo la costumbre de preguntar a mis clientes cómo se llaman ni qué religión profesan. Por lo pronto, si pagó es señal de que no es un herético. ¿Eres un herético?

REQUESON: ¿qué voy a ser!

CAPELLAN: Se quedó ahí sentado, muy quieto, y ni siquiera abrió la boca, salvo para comer, porque no le quedaba más remedio.

SARGENTO: ¿Quién eres tú?

MADRE CORAJE: Es mi ayudante, sirve a los clientes. Pero han de estar ustedes muertos de sed. Les traeré una copita de aguardiente. Se nota a simple vista que están sofocados.

SARGENTO: Nada de aguadiante mientras estamos de servicio.
(A Requesón) Tú te llevaste algo de aquí. Debes haberlo escondido junto al río. Tenías la chaqueta abultada cuando te marchaste.

MADRE CORAJE: ¿Están seguros de que era él?

REQUESON: Me parece que me toman por otro. Porque yo también vi a uno que corría y llevaba la chaqueta abultada. No era yo.

MADRE CORAJE: Debe haber una confusión. Suele ocurrir. Yo conozco a los hombres. Me llaman Madre Coraje, seguramente habrán oído hablar de mí, todos me conocen. pues yo les digo que este hombre tiene cara decente.

SARGENTO: Estamos buscando la caja del Segundo finés. Tenemos las señas del que la oculta. Hace dos días que lo andamos buscando. Es éste.

REQUESON Yo no soy.

SARGENTO Si no nos entregas la caja estás perdido, ¿me oyes?

MADRE CORAJE: (Insistente) Estoy segura de que si la tuviera se la entregaría. Con decir: "Sí, la tengo, aquí está, ustedes son los más fuertes", quedaría todo arreglado. No sería tan tonto callar sabiendo que podría costarle muy caro. Vamos, habla estúpido. ¿No ves que el sargento quiere ayudarte?

REQUESON: ¿Pero si yo no la tengo!

SARGENTO: Entonces ven con nosotros. Ya te haremos cantar. (Se lo llevan)

MADRE CORAJE: (Siguiéndolo) Si supiera algo se lo diría. No es tan tonto. ¡Tenga cuidado! Le va a arrancar el brazo.

Al atardecer, el capellán y Catalina enjuagan los platos y secan los cuchillos.

CAPELLAN La historia de la religión ofrece múltiples ejemplos de inocentes que perdieron así la vida. Recuerde la Pasión de nuestro Redentor. Conozco una vieja canción que habla de ella. (Canta la canción de las horas)

El día viernes muy temprano
 Fue Jesús con gran ruido
 Llevado como un bandido
 Ante Pilatos el pagano.
 Este lo declaró inocente
 Y libre de toda culpa
 Y en manos del rey Herodes
 Lo puso inmediatamente.
 A las tres lo flageraron
 Mostrando gran inquina
 Y su frente adornaron
 Con una corona de espinas.
 Vejado y escarnecido
 Entre golpes avanzaba
 Mientras él mismo cargaba
 La cruz para su suplicio.

A las seis fue desnudado
 Y en la cruz se le clavó
 Allí su sangre vertió,
 Llorad todos su tormento.
 Los ladrones a su lado
 Lo insultaron con encono
 Mientras el sol se empañaba
 Ante el pueblo allí agolpado.
 A la hora nona gritó
 ¿Oh Dios, por qué me abandonas?
 Una esponja de vinagre
 Alguien a su boca acercó.
 Lanzó el último suspiro.
 La tierra toda tembló.
 Se rasgó el velo del tempo
 Y la tierra en dos se partió.
 A la tarde le rompieron
 A los ladrones los huesos
 Y a Jesús con una lanza
 Todo un costado le abrieron.
 De la herida brotó sangre
 Mezclada con agua clara
 Y así fue como trataron
 A Jesús, hijo del hombre.

MADRE CORAJE

(Llega muy excitada) Es cuestión de vida o muerte. Pero, según parece, el sargento es un hombre bastante razonable. Sólo se trata de fijar un precio. Eso sí, que no sospeche quién es Requesón o nos acusará de ser cómplices suyos. Lo que no sé es de dónde vamos a sacar el dinero. ¿No estuvo Yvette por aquí? La encontré en el camino, ya engatusó a un coronel y a o mejor éste consiente en comprarle mi carreta.

AN:

¿De veras quiere vender?

CORAJE:

¿Y cómo quiere que consiga el dinero para ablandar al sargento?

CAPELLAN ¿De qué va a vivir después?

MADRE CORAJE: Ahí está el problema.

Entra Yvette en compañía de un coronel viejísimo.

YVETTE: (Abrazando a Madre Coraje) ¡Querida Coraje, qué alegría volver a encontrarnos tan pronto! (Murmurando) Estaría dispuesto. (En voz alta) Este es un buen amigo mío, que me aconseja en asuntos de negocios. Oí decir que usted tiene la intención de vender su carreta por motivos personales. Yo estaría interesada.

MADRE CORAJE: Un momento... empeñarla, no venderla. No tanta prisa, que una carreta como ésta no vuelve a conseguirse tan fácilmente en tiempos de guerra.

YVETTE: (Desilucionada) ¡AH! ¡Empeñarla solametne! Yo creí que quería venderla. ¿Entonces, no sé si el negocio me interesa. (Al coronel) ¿Qué opinas?

CORONEL: Yo estoy conforme, querida.

MADRE CORAJE: La empeño y nada más.?

YVETTE: Pero ¿no necesitaba usted dinero?

MADRE CORAJE: Claro que necesito dinero, pero prefiero que me salgan ampollas en los pies buscando a quien empeñársela, y no venderla enseguida. Yo vivo de esta carreta, y para tí, Yvette, es una ocasión. Quien sabe si se te volviera a presentar otra así. No siempre tendrás un excelente amigo que pueda aconsejarte, ¿verdad?

YVETTE: Sí, mi amigo opina que debo aceptar, pero no sé... Si es en empeño... ¿No te parece que sería mejor comprarla?

CORONEL: Yo estoy conforme, querida.

MADRE CORAJE: Entonces, búscate algo que esté a la venta. Si tienes tiempo que perder y tu amigo está dispuesto a acompañarte en tus búsquedas durante una o dos semanas, tal vez encuentres lo que te conviene.

YVETTE: Me parece bien, buscaremos otra cosa. A mí me encanta ir de acá para allá y elegir lo que me gusta. Sobre todo estando contigo, mi Polito, es un verdadero placer, ¿no?

Tanto mejor si el paseo dura una o dos semanas. Y si yo le adelantara el dinero, ¿cuándo podría reembolsármelo?

MADRE ORAJE: Unos quince días, tal vez ocho.

YVETTE: No sé qué hacer. Aconséjame, Polito querido. (se lleva a un lado al coronel) Tiene que vender forzosamente, por ese lado estoy tranquila. En cuanto al dinero, ya me las arreglaré. Sbes, aquel alférez, el rubio, me lo prestará encantado. Está loco por mí, dice que le recuerdo a no sé quién. ¿Qué me aconsejas, querido?

CORONEL: Desconfía de ese mequetrefe. Es un mal bicho. Se aprovechará de tí. Soy yo quien quería hacerte un regalo, mi gatita.

YVETTE. No puedo aceptarlo de ti. Claro que si crees que es capaz de aprovecharse... Polito, acepto tu regalo.

CORONEL: ¡Así me gusta!

YVETTE: ¿Me lo aconsejas?

CORONEL Te lo aconsejo.

YVETTE: (Vuelve junto a Madre Coraje) Mi amigo me aconseja que cierre trato con usted. Fírmeme un recibo y no se olvide de anotar que, pasadas dos semanas, si no me ha devuelto el dinero, la carreta y todo el contenido serán míos. Voy a hacer el inventario en seguida y despuésle traído los doscientos florines. (Al coronel) Vuelve al campamento, estaré contigo dentro de un rato. Tengo que hacer la lista, no sea que luego falte algo. (Besa al coronel. Este se marcha y ella sube a la carreta) ¡No tiene muchas botas que digamos!

MADRE CORAJE: Yvette, este no es momento de revisar la carreta. Me prometiste que hablarías con el sargento por mi Requesón, no hay un minuto que perder. Me han dicho que le formarán corte marcial inmediatamente.

YVETTE: Déjeme que cuente por lo menos las camisas de hilo.

MADRE CORAJE: (Tirándole de la falda hasta que la obliga a bajar de la carreta) ¡Chupasangre! ¿Quieres la muerte de Requesón?

Oye, no se te ocurra decirles quién da la plata; díles que es tu amante, en nombre de Dios, pues si no nos colgarán a todos por haberlo encubierto.

YVETTE: Cité al tuerto en el bosque. Ya debe estar allí.

CAPELLAN: No vayas a ofrecerle los doscientos florines de entrada. Con ciento cincuenta será suficiente.

MADRE CORAJE: Dígame, ¿es suyo el dinero? Métase en sus asuntos. Quédese tranquilo que no le faltará su sopa de cebolla. Vamos corre y no te andes con regateos que le va en esto la vida. (Empuja a Yvette y ésta se marcha)

CAPELLAN: No quise entrometerme, pero ¿de qué vamos a vivir? Y usted tiene que cargar con su hija, que es incapaz de ganarse la vida.

MADRE CORAJE: Se olvida de la caja del regimiento, pedazo de tonto. Espero que, por lo menos, el regimiento pagará los gastos a Requesón.

CAPELLAN: ¿Cree usted que la muchacha sabrá darse maña?

MADRE CORAJE: Se imaginará que si suelta los doscientos florines por algo será. Quiere quedarse con mi carreta. Le tiene ganas y quién sabe si podrá seguir engatusando al coronel por mucho tiempo. Catalina, limpia los cuchillos, toma un trozo de piedra pómez. Y usted, no se quede ahí plantado, como Jesús en el Monte de los Olivos, haga algo, láveme esos vasos. Esta noche vendrán probablemente cincuenta del regimiento de dragones y usted va a empezar otra vez con su cantilena: No estoy acostumbrado a este trote, ¡pobres mis pies!, cuando oficiaba no tenía que correr tanto, y otras cosas por el estilo. En fin, creo que lo soltarán. Gracias a Dios, todavía se los puede comprar. Al fin de cuentas no son lobos, son seres humanos y se les tiente el oro. La venalidad de los hombres es como la caridad de Dios, nuestra única tabla de salvación. Mientras exista habrá sentencias clementes y hasta los inocentes tendrán probabilidades de salir indultados del tribunal.

YVETTE (Vuelve sin aliento) Aceptan por doscientos florines. Pero no hay que perder ni un minuto. Dentro de un rato el Requesón ya no estará en sus manos. Lo mejor será que me vaya en seguida con el tuerto a ver a mi coronel. Requesón confesó que tenía la caja, cuando le aplicaron el tormento. Pero dice que la arrojó al río al verse perseguido. Hay que darla por perdida. ¿Y, voy a pedirle el dinero a mi coronel?

MADRE CORAJE: ¿Se perdió la caja? Y ahora, ¿cómo voy a recuperar mis doscientos florines?

YVETTE: ¡Ah! ¡Conque pensaba sacarlos de la caja para reembolsármelos! ¡Linda manera de atraparme! Pero no se haga ilusiones, si quiere salvar a Requesón tendrá que pagar. ¿O prefiere que plante todo, para que usted pueda quedarse con la carreta?

MADRE CORAJE: ¡Esto sí que no lo había previsto! No trates de acorralarme, ya tendrás tu carreta. Por otra parte, se está cayendo a pedazos, hace diecisiete años que la llevo de acá para allá. Pero déjame pensar un momento. Todo ha sido tan repentino.. No sé qué hacer. No puedo soltar así no más los doscientos florines; de todos modos, podías haber regateado. Si me quedo sin nada, cualquiera me pondrá el pie encima mañana. Vé a decirles que estoy dispuesta a dar ciento veinte florines, ni un céntimo más. Ya con eso pierdo la carreta.

YVETTE: No van a querer. El tuerto tiene mucha prisa. Está tan nervioso que el ojo se le va para todos lados. ¿No le parece mejor dar los doscientos florines sin discutir?

MADRE CORAJE: (Desesperada) No puedo. He trabajado treinta años. La muchacha tiene veinticinco y todavía está sin marido. Una carga más sobre mis hombros. No insistas, sé lo que hago. Diles que ciento veinte o nada.

YVETTE: ¡Como quiera!

Sale Rápidamente. Madre Coraje permanece un instante sin mirar al capellán ni a Catalina. Luego se sienta para ayudarla a limpiar los cuchillos..

MADRE CORAJE: No rompa los vasos, ya no son nuestros. Mira lo que haces, te vas a cortar. Requesón volverá. Si es necesario, daré los doscientos florines. No te vas a quedar sin tu hermano. Con ochenta florines podremos llenar un carrito con buena mercancía, ¡ y a empezar de nuevo! Mientras hay vida hay esperanzas.

) CAPELLAN

Escrito está: las vías del Señor no son las nuestras.

MADRE CORAJE: Frótelos bien hasta que brilen. (Limpian en silencio. De pronto Catalina rompe en sollozos y se refugia en la carreta)

YVETTE:

(Vuelve corriendo) No quieren. Se lo advertí. El tuerto quería dejar todo sin efecto. Dijo que ya era demasiado tarde y que de un momento a otro se oirían los tambores del pelotón de ejecución. Ofrecí ciento cincuenta pero no se le movió ni un pelo. A duras penas conseguí que esperara hasta mi regreso.

MADRE CORAJE: Díle que doy los doscientos florines, corre. (Yvette sale corriendo, los demás se quedan sentados, en silencio) Creo que regateé más de la cuenta.

A lo lejos se oye un redoble de tambores. El capellán se levanta y va hacia el fondo. Madre Coraje permanece sentada. Oscurece totalmente. Callan los tambores. Aclara. Madre Coraje no se ha movido de su lugar.

YVETTE:

(Aparece, muy pálida) ¿Está contenta? Con tanto regateo logró lo que quería, quedarse con la carreta. Y a él le metieron once balas en el cuerpo. No merece que le tenga ninguna consideración. Pero les oí decir que están seguros de que la caja está aquí, que todos ustedes están confabulados con Requesón. Van a traerlo para ver si se traicionan al verlo. Y en ese caso, ¡ay de ustedes! Los fusilan a todos. Me vienen siguiendo, ya están advertidos. ¿Quiere que me lleve a Catalina? (Madre Coraje sacude la cabeza) ¿Sabe? Tal vez no haya oído los tambores o no haya comprendido.

MADRE CORAJE: Sabe. Vé a buscarla.

Yvette va a buscar a Catalina. Esta se dirige hacia su madre y permanece a su lado. Madre Coraje la toma de la mano. Entran dos lansquenetes transportando unas angarillas en las que yace un cuerpo cubierto con una manta. El sargento marcha a su lado. Dejan las angarillas en el suelo.

SARGENTO: No sabemos quién es este hombre ni cómo se llama. Pero tenemos que anotarlo para que todo esté en regla. Pasó por aquí y se quedó a comer. Fíjate si lo reconoces.
(Retira la manta) ¿Lo reconoces? (Madre Coraje sacude la cabeza) ¿No? ¿Nunca lo habías visto antes de que comiera aquí? (Madre Coraje vuelve a sacudir la cabeza)
¡Llévenselo! ¡Y tírenlo en la fosa común! Nadie lo conoce.
(Se lo llevan)

IV

Madre Coraje canta la Canción de la Gran Capitulación.

Frente a la tienda de campaña de un capitán.

Madre Coraje Espera. Un escribiente asoma la cabeza desde la tienda.

ESCRIBIENTE: A usted la conozco. ¿No es la que tenía escondido a un tesorero de los protestantes? Será mejor que no presente ninguna queja.

MADRE CORAJE: Es inútil tratar de convencerme, me quejaré. Soy inocente. Si deajo que me pongan el pie encima dirán que tengo la conciencia intranquila. Me han destrozado la carreta a balazos y, por si fuera poco, tuve que pagar cinco ochavos de multa, todavía no sé por qué.

ESCRIBIENTE: ¿Quiere un consejo? Cierre el pico. En el regimiento no hay cantinera y le permitirán seguir comerciando, sobre todo si tiene la conciencia intranquila y paga un multa de cuando en cuando.

MADR CORAJE: Estoy decidida a quejarme.

ESCRIBIENTE: Allá usted. Entonces tendrá que esperar hasta que el capitán pueda recibirla. (Entra en la tienda)

SOLDADO JOVEN: (Llega armando alboroto) ¡En nombre de Cristo! ¿Dónde

está ese capitán del infierno? El muy perro se embolsa mi premio para emborracharse con sus mujerzuelas. ¡Le voy a romper el alma!

SOLDADO VIEJO: (Persiguiéndolo) ¡Cállate! ¿Quieres que te manden al calabozo?

SOLDADO PRIMERO: ¡Sal de tu cueva, ladrón! ¡Te voy a carnear como a un cerdo! ¡Robarme el premio a mí, que fui el único capaz de arrojarse al agua! Y ahora no tengo con qué pagarme ni un jarro de cerveza. Pero esto no va a quedar así Sal de tu cueva, ¿me oyes? Ven, que te hago picadillo.

SOLDADO SEGUNDO: ¡Jesús, María y José, está perdido!

MADRE CORAJE: ¿No le dieron su recompensa?

SOLDADO PRIMERO: Suéltame o te destripo junto con él. Así mato dos pájaros de un tiro.

SOLDADO SEGUNDO: Sacó del agua al caballo del capitán y no quisieron reconocerle su prima. Es joven todavía, no hace mucho que está en el ejército.

MADRE CORAJE: Suéltalo. No es un perro como para llevarlo de la cuerda. Tiene razón de reclamar su prima. Si no, ¿para qué se distinguió?

SOLDADO PRIMERO: Está ahí adentro, emborrachándose en su tienda. Y ustedes son unos cagones. Lo que hice yo no lo hace cualquiera. Quiero mi recompensa.

MADRE CORAJE: A mí no me grite, amiguito. Yo tengo mis cuitas, usted tiene las suyas. Además, le aconsejo que cuide su voz, o cuando venga el capitán estará completamente afónico. Ya me lo veo a usted, ahí plantado, incapaz de emitir un solo sonido, y al capitán sin poder darse el gusto de mandarlo al calabozo a criar moho. Los que gritan mucho resisten poco. Al cabo de media hora están tan cansados que hay que cantarles para que se duerman.

SOLDADO PRIMERO: Yo no estoy cansado ni necesito que nadie me cante. Tengo hambre. El pan que nos dan es un amasijo de salvado y bellotas y, por si fuera poco, nos lo retacean. Con

la plata que me debe, el capitán se va al burdel y yo, entretanto, puedo ir muriéndome de hambre. De ésta no sale vivo.

MADRE CORAJ:E No me extraña que tenga hambre. Durante la primavera pasada, el comandante les ordenó que despejaron la carreta y se metieran a campo traviesa para pisotear el trigo. En aquel entonces yo habría podido vender el par de botas a diez florines, si alguien hubiese tenido diez florines y yo botas para vender. El comandante pensaba que ya no estaría aquí para la cosecha, pero aquí está todavía y la hambruna es grande. Comprendo que usted esté furioso. No es para menos.

SOLDADO PRIMERO: Cállese. Es más fuerte que yo. No puedo tolerar la injusticia.

MADRE CORAJE: Tiene mucha razón. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Por cuánto tiempo se negará a tolerar la injusticia? ¿Una hora, dos? ¿Ve? Ni usted mismo lo sabe. Y, sin embargo, eso es lo más importante. Cuando de pronto, encerrado en un calabozo, se descubre que la injusticia ya no nos subleva.

SOLDADO PRIMERO: No sé por qué la escucho.

MADRE CORAJE: Me escucha porque sabe que todo lo que digo es cierto. Usted sabe que su cólera ya se está esfumando, que era demasiado corta y que necesitaba una más persistente. Pero ¿de dónde la iba a sacar?

SOLDADO PRIMERO: ¿Quiere decir que no merecía mi recompensa?

MADRE CORAJE: Al contrario, lo que quise decir es que a su cólera le falta fuerza, que no sirve para nada. Si fuera realmente persistente, yo misma avivaría la lumbre. Yo misma le diría: Vaya, hágalo pedazos, es un crápula. Pero, ¿se va a atrever? Si ya se está echando atrás... Y yo me quedaría aquí, sola frente a esta tienda, y el comandante se las tomaría conmigo.

SOLDADO SEGUNDO; Tiene mucha razón, todo ha sido pura fanfarronada.

SOLDADO PRIMERO: Pues ya veremos si no lo hago pedazos. (Saca su espada) Que salga y lo despedazo.

ESCRIBIENTE: (Asoma la cabeza) El capitán viene en seguida. ¡Sentarse!

El soldado primero se sienta.

MADRE CORAJE: ¡Sentarse, mírenlo, y se sentó! ¿Qué le decía? ¡Ya está sentado! ¡Ah! ¡Cómo nos conocen, cómo saben manejarnos! Sentarse, y al segundo estamos sobre nuestro trasero. Y una vez sentados, ¡adiós rebeldía! No, no se levante.. No vale la pena. Ya no podrá lucir la fiera altivez de antes. Todo se acabó. ¿Le da vergüenza? No tiene por qué. Yo no valgo más que usted. Hace rato que nos han arrebatado todas nuestras energías, todo nuestro orgullo. Así es, si protesto, puedo acarrearle dificultades en mi comercio. Voy a cantarle algo acerca de la gran capitulación. También pensabo yo en mis años floridos Que no era como todas las demás.

(No soy una vulgar campesina. Con mi porte y mi talento, mucho puedo esperar.)

¡Cualquier comida no! Era muy delicada

Y pretendí vivir con la cabeza alzada.

(O todo o nada. El primer llegado, ¡jamás! Cada cual es dueño de su propio destino, nadie me ha de mandar.)

El gorrión en la rama

Silba: Espera y verás

Antes de que pase un año

Como todos marcharás

Y al son de tu canción

El paso marcarás.

¡Un, dos, en fila, march...!

El hombre propone

Y Dios dispone.

¡No se hable más!

Y antes de que pasara un año
 En cualquier vaso aprendí a beber.

(¡Con dos niños en los brazos, al precio que está el pan y
 con los gastos que debemos afrontar)

Cuando estuvo ya hecho el daño
 De rodillas me tuve que poner.

(Hay que estar bien con la gente. La mano izquierda no sabe lo
 que hace la derecha. Nadie pasa por el ojo de la aguja)

El gorrión en la rama
 Silba: Espera y verás.

No ha pasado aún un año

Como todas marchas ya
 Y al son de tu canción

El paso marcas, ¡ay!

¡Un, dos, en fila, march...!

El hombre propone

Y Dios dispone.

¡no se hable más!

Vi a muchos lanzarse a conquistar el cielo.

No había estrella para ellos que fuese inaccesible.

(Querer es poder. La fe mueve montañas. Pequeñas causas,
 grandes efectos.)

Más tanto removieron en el cielo y en la tierra
 Que al final ya no pueden mover su propia mano.

(Quien mucho abarca poco aprieta.)

El gorrión en la rama

Silba; espera y verás

Antes de que pase el año

Todos marcharán

Y al son de su canción

El paso marcarán.

¡Un, dos, en fila, march...!

El hombre propone

Dios dispone

¡No se hable más!

MADRE CORAJE (Al soldado primero) Si verdaderamente lo odias a muerte, si tu ira es realmente grande, quédate aquí, y empuña el sable desnudo. Pues tu causa es justa, hay que reconocerlo. Pero si tu ira es corta, es mejor que te vayas.

SOLDADO PRIMERO: ¡Véte a la mierda! (Se va trastabillando. Su camarada lo sigue)

ESCRIBIENTE: (Asomando la cabeza) El comandante está desocupado. Puede pasar a presentar su queja.

MADRE CORAJE: He cambiado de parecer. No me quejaré. (Se marcha)

V

Han transcurrido dos años. La guerra abarca regiones cada vez más amplias. En marchas sin descanso, la pequeña carreta de Madre Coraje ha recorrido Polonia, Moravia, Baviera, Italia, para volver luego a Baviera. 1631. La victoria de Tilly en Magdeburgo le cuesta a Madre Coraje cuatro camisas de oficial.

La carreta de Madre Coraje se ha detenido en una aldea en ruinas.

Se oye a lo lejos una marcha militar. Catalina y Madre Coraje atienden a dos soldados instalados frente al mostrador. Uno de ellos lleva colgado de los hombros un abrigo de pieles de mujer.

MADRE CORAJE: ¿Qué? ¿No puedes pagar? Si no hay plata, no hay aguardiente. Muchas marchas triunfales, pero pagar a los soldados, eso no.

SOLDADO: Yo quiero mi aguardiente. Llegué demasiado tarde para el saqueo. El capitán nos trampeó; sólo nos dio una hora para pillar la ciudad. Dijo que había que ser humano. Seguro que los de la ciudad lo sobornaron.

CAPELLAN: (Llega tropezando) Todavía quedan algunos heridos; están en el patio de la granja. Es la familia del campesino. Ayúdenme, necesito vendas.

El segundo soldado se marcha con él. Catalina, muy excitada, trata de convencer a su madre que les dé algunos lienzos.

MADRE CORAJE: No me quedan más. Vendí las últimas curas al regimiento y no tengo la menor intención de desgarrar mis camisas por esa gente.

CAPELLAN: (Gritando de lejos) Necesito algunos lienzos. ¿Cuántas veces se lo tengo que decir?

MADRE CORAJE: (Se sienta en la escalerilla de la carreta para impedir que Catalina suba) No doy nada. Esa gente no va a pagar, no tiene con qué.

CAPELLAN: (A una mujer medio muerta a la que acaba de transportar allí) ¿Por qué se quedaron en medio del cañoneo?

CAMPESINA: (Débilmente) ¿Por los animales!

MADRE CORAJE: Estos no quieren desprenderse de nada. Y a mí me exigen que me rompa en cuatro. No, no y no.

PRIMER SOLDADO: Son protestantes. ¿Quién les manda ser protestantes?

MADRE CORAJE: ¿Lo que les importará ahora la religión! Han perdido su granja.

SEGUNDO SOLDADO: No son protestantes. Son tan católicos como tú y yo.

PRIMER SOLDADO: Se hubieran escapado cuando los bombardearon.

CAMPESINO: (Sostenido por el capellán) Mi brazo está perdido.

CAPELLAN: ¿Dónde está el lienzo?

Todos miran a Madre Coraje, que permanece impasible.

MADRE CORAJE: No puedo dar nada. ¿Con los gastos que uno tiene: los diezmos, el peaje, sin contar los sobornos! (Catalina agarra una tabla y amenaza a su madre articulando sonidos guturales) ¿Te has vuelto loca? ¿Deja esa tabla o te doy un bofetón! ¿Mala hija! No doy nada, no puedo dar nada. La caridad bien entendida empieza por casa. (El capellán la alza en brazos y al sienta en el suelo. Entra en la carreta, sale trayendo varias camias y las rasga en tiras) ¿Mis camisas! ¿Medio florín cada una! ¿Estoy arruinada!

Desde la casa en ruinas se oye el quejido de un niño.

CAMPESINO: ¿El niño! ¿Quedó adentro!

Catalina se precipita hacia la casa.

CAPELLAN: (A la mujer) ¿Quédate acostada! ¿Ya lo sacarán!

MADRE CORAJE: ¿Deténganla! ¿Puede derrumbarse el techo!

- CAPELLAN: Yo no pongo más mis pies allí adentro.
- MADRE CORAJE: (Aturdida: No despilfarres mi lienzo, es muy caro. (El soldado la retiene. vuelve Catalina llevando un niño de pecho en sus brazos) ¡Ya estás contenta tú! En cuanto tienes un bebe para mecerlo y hacerle arrumacos... Devuélveselo a su madre en seguida, si no tendré que batallar horas enteras para arrancártelo. (Al segundo soldado) ¡Has terminado de mirarnos como un babioca? Mejor es que vayas a decirles a éstos que acaben con su musiquita. Ya nos damos cuenta de que han obtenido una victoria. En cada una de esas victorias pierdo yo algo.
- CAPELLAN: (Mientras aace una curación) Sigue sangrando.
Catalina mece al bebe y balbucea una canción de cuna.
- MADRE CORAJE: Ahí esta, feliz en medio de tanta miseria. (A Catalina) Vamos, devuélveselo a su madre, que ya vuelve en sí. (Advierte que el soldado se ha apoderado de una botella y se dispone a escaparse con ella) ¡Alto ahí, perRO! ¡Basta de victorias! Paga, si quieres beber.
- SOLDADO: No tengo con qué.
- MADRE CORAJE: (Arrancándole el abrigo de pieles) Entonces, dame este abrigo. De todos modos es robado.
- CAPELLAN: Todavía queda alguien bajo los escombros.

VI

Frente a la ciudad de Ingolstadt, en Baviera, Madre Coraje asiste a los funerales del Mariscal Tilly, comandante en jefe de los ejércitos imperiales. El capellán se lamenta de sus talentos desaprovechados y Catalina recibe de regalo los zapatos rojos. Corre el año de gracia de 1632.

En el interior de la cantina.

Detrás del mostrador. Llueve. A lo lejos, redoble de tambores y marchas fúnebres. El capellán y el escribiente juegan una partida de dmas. Madre Coraje y Catalina hacen el inventario.

CAPELLAN: Ahora el cortejo se pone en marcha.

MADRE CORAJE: ¡Qué desgracia, ese pobre Mariscal! Veintidós pares de calcetines. Tuvo mala estrella según dicen. Todo fue por culpa de la neblina que cubría los campos. Acababa de arengar a sus hombres: ¡Soldados, luchad hasta la muerte!, y se volvía hacia la retaguardia montado en su caballo, cuando se extravió en la bruma y, sin darse cuenta, se encontró en plena batalla. Allí le alcanzó un proyectil, sin darle tiempo siquiera de pedir socorro. Cuatro faroles solamente. (Se oye silbar en el mostrador) Es una vergüenza; entierran a su mariscal y todos se escabullen para no seguir el cortejo fúnebre.

ESCRIBIENTE: No debió dárselos la paga antes de la ceremonia. Ahora van a emborracharse en lugar de acompañar al cortejo.

CAPELLAN: ¿Y usted? ¿No va a acompañarlo?

esCRIBIENTE: ¿Se cree que voy a ir con esta lluvia?

MADRE CORAJE: Claro, con usted es distinto, podría arruinársele el uniforme. Parece que querían enterrarlo con gran repique de campanas, pero a último momento se dieron cuenta de que todos los campanarios habían sido derribados por orden del propio Mariscal. Pobre Mariscal del Imperio, ni siquiera podrá oír las campanas cuando lo bajen a la fosa. A falta de campanas, tirarán tres salvas de artillería, para darle algún carácter a esos funerales. Diecisiete cinturones.

GRITOS EN EL MOSTRADOR: ¡Eh, cantinera! ¡Un aguardiente!

MADRE CORAJE: A ver la plata, primero. No, no, nadie entra en mi cantina con esas botas roñosas. Pueden beber afuera. Paciencia si llueve. (Al escribiente) Aquí sólo entran los oficiales. Dicen que el Mariscal tuvo serias dificultades estos últimos tiempos; casi se le amotina el Segundo Regimiento. El Mariscal no les daba la paga porque, según él, en una guerra de religión hay que pelear gratis.

Marcha fúnebre. Todos miran hacia el fondo.

CAPELLAN Ahora desfilan con el ataúd.

MADRE CORAJE: Me dan lástima todos esos mariscales, emperadores y compañía.. Tome, por ejemplo, a ese Mariscal del Imperio : el pobre habrá deseado realizar algo grande, algo que hiciera hablar de él para que su nombre pasara a la posteridad; conquistar el mundo entero, por ejemplo. Un hermoso ideal para un militar, porque, claro, con una profesión como ésa, ¿qué otra cosa se puede hacer? En fin, el hombre se sacrifica y después de todo se desmorona. ¿Quién tiene la culpa? El pueblo, que no sueña más que con beber jarros de cerveza y divertirse. Los proyectos más nobles fracasan por la mezquindad de la gente encargada de realizarlos. Porque los emperadores, mariscales y compañía no pueden hacerlo todo solos. Tienen que contar con el apoyo de sus soldados y de su pueblo, ¿verdad?

CAPELLAN: (Riendo) Tiene razón, Coraje. Pero no estoy de acuerdo con lo que dijo de los soldados. Ellos hacen lo que pueden. Por ejemplo, con hombres como esos que están allí afuera, soportando la lluvia mientras beben, sería yo capaz de hacer una guerra tras otra durante cien años. Más todavía, hasta dos guerras a la vez, aunque yo no sea mariscal.

MADRE CORAJE: ¿De modo que usted no cree que la guerra puede terminar ahora?

CAPELLAN: ¿Porque ha muerto un mariscal? No sea ingenua. Yo solo me comprometo a encontrarle en seguida una docena de mariscales. Héroes no faltan.

MADRE CORAJE: No fue una pregunta ociosa, ¿sabe, capellán? Es que quisiera saber si debo comprar más mercadería. En este momento se la puede conseguir a buen precio. Pero, ¿y si termina la guerra? Tendría que arrojarla a las zanjas.

CAPELLAN: (Sí, sí, ya sé que para usted es un asunto muy serio. Vea, siempre hay gente que anda gritando por todas partes; "Algún día la guerra terminará". Y yo contesto: "Habrá que verlo... Sobre esto no hay nada escrito". Es claro que

de cuando en cuando también la guerra necesita tomar un poco de aliento, y hasta puede llegar a enfermarse. Todo es posible, no hay nada perfecto en este mundo. Una guerra perfecta, una guerra completamente irreprochable, no creo que haya existido ni existe jamás. Forzosamente, un día u otro, puede tropezar con algo imprevisto, basta una cosa de nada, una pequeña distracción (no se puede tener la cabeza en todo) y vuelta a recomenzar el desorden. Entonces hay que organizar la guerra otra vez, darle un nuevo impulso. Pero no afligirse, Ya se encargarán el emperador, el rey y el papa de acudir en su ayuda cuando corra peligro. Resumiendo, no hay que temer por ella, tiene una larga vida por delante.

SOLDADO:

(Canta en el mostrador)
 Cantinera, al mostrador
 No me hagas esperar
 Que por el emperador
 Tengo que ir a pelear.

Doble vuelta hoy, que es día de fiesta.

MADRE CORAJE: Quisiera creerle...

CAPELLAN: Reflexione un poco. ¿Qué es lo que podría detener esta guerra?

SOLDADO:

(Canta en el mostrador)
 A la cama, querida,
 No me hagas esperar,
 Que a Moravia en seguida
 tengo que ir a pelear.

ESCRIBIENTE: (Bruscamente) ¿Y la paz? ¿Que será de la paz? Yo soy de Bohemia y quiero volver a mi hogar.

CAPELLAN

¿De veras quiere volver? ¡Ah la paz! ¿Qué queda de los agujeros cuando se ha comido el queso?

SOLDADO

(sigue cantando)
 Camarada, haz tu invite,
 No me hagas esperar,

Que ahora mismo en la tropa
Me tengo que alistar.
La extremaunción, confesor
No me hagas esperar,
Que por el emperador
Tengo hoy que expirar.

ESCRIBIENTE:

Pero la guerra no puede durar eternamente. El hombre necesita tener paz para vivir.

CAPELLAN:

Pensándolo bien, la guerra no excluye la paz. También ella tiene sus momentos pacíficos. [En realidad, satisface todas las necesidades del hombre, inclusive las necesidades pacíficas. Así son las cosas, ya que de otro modo la guerra no sería viable.] Le voy a dar varios ejemplos. En tiempos de guerra uno puede cagar tan pacíficamente como en tiempos de paz. Entre dos escaramuzas se puede beber con toda tranquilidad un buen jarro de cerveza, y aun en mitad de un avance nada le impide echarse una siestita, tendido en el fondo de una zanaja, con la cabeza sobre el brazo. Admito que es imposible jugar una partida de naipes en plena batalla, pero ¿se puede jugar acaso a las cartas cuando se está arando un campo? En cambio, después de una victoria, se presentan cientos de ocasiones. Tampoco niego que puedes perder una pierna, [son cosas que suelen suceder en una guerra. Al principio armarás una batahola descomunal, pero luego te irás calmando poco a poco,] te ofrecen un aguardiente, te lo tomas y emprendes nuevamente la marcha, cojeando un poco, por supuesto, pero la guerra sigue adelante como si estuvieras bien plantado sobre tus dos piernas. ¿Y quien te impide procrear en medio de la matanza, detrás de algún granero o en algún bosquecillo? Entonces la guerra se apropia de tus retoños y el baile continúa. Sí, la guerra siempre se las arregla para salir del paso. ¿Por qué va a terminar, entonces?

Catalina ha interrumpido su trabajo y mira fijamente al capellán.

MADRE CORAJE: Sí, es el momento de comprar. Me ha convencido.

Catalina arroja un cesto lleno de botellas y se va corriendo.

¡Catalina! (Ríe) ¡Ay, Jesús! ¡La pobre está esperando la paz como al Mesías! Le prometí darle un marido en cuanto terminara la guerra.

Sale corriendo tras catalina.

ESCRIBIENTE: (Se levanta) Le gané. Eso le pasa por charlar tanto.

¡Pague ahora!

ADRE CORAJE: (Volviendo con Catalina) No seas tonta. La guerra va a durar un poco más, nosotros nos hacemos de dinero, y después ¡Verás qué hermosa será la paz! Ahora tienes que ir a la ciudad, que está sólo a diez minutos de aquí, y me traes las cosas que hemos dejado en el "León de oro", las que valgan la pena únicamente, las demás pasaremos después a buscarlas con la carreta. El escribiente te acompañará. Puedes ir tranquila, la mayoría de los soldados están en el entierro del Mariscal. Ten cuidado de que no te roben nada. Y piensa en tu ajuar, Catalina.

Catalina se cubre la cabeza con un pañuelo y se va, acompañada por el escribiente.

APELLAN: ¿Le parece bien dejarla ir sola con el escribiente?

ADRE CORAJE: No es tan bonita para que se le antoje seducirla.

APELLAN: Realmente la admiro, Coraje. Cuando veo cómo se da maña para ganarse la vida y salir siempre de apuros, comprendo que la llamen Coraje.

ADRE CORAJE: Si los pobres no tienen mucho coraje están perdidos. Sólo para levantarse por la mañana, ya hace falta una buena dosis. Arar la tierra en plena guerra, echar hijos al mundo cuando no se vislumbra ninguna luz en el horizonte, todo eso exige grandes reservas de coraje. No hablemos del que necesitan esos soldaditos para enfrentarse en las batallas, para mirarse cara a cara y matarse unos a otros. Y tolerar dócilmente a papas y emperadores, como lo hacen, es dar pruebas de un coraje inaudito, pues son ellos quienes les cuestan la vida. (Se sienta, saca una pequeña pipa de su bolso y se pone a fumar) ¿Qué le parece si parte un poco la leña?

- CAPELLAN: (Se quita de mala gana la chaqueta y se dispone a partir leña) Yo soy pescador de almas, no leñador.
- MADRE CORAJE: Yo no tengo almas para usted, pero tengo leña para cortar.
- CAPELLAN ¿Qué pipa es esa?
- MADRE CORAJE: Es una pipa.
- CAPELLAN :No, no es una pipa. Es la pipa.
- MADRE CORAJE: ¿Cómo?
- CAPELLAN: Es la pipa del cocinero del regimiento. Oxentiern.
- MADRE CORAJE: Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta, hipócrita?
- CAPELLAN Porque me gustaría saber si está fumando conscientemente esa pipa. Podría ser que, revolviendo entre sus trastos, hubiese encontrado una pipa, una pipa cualquiera, y se hubiese puesto a fumar sin darle mayor importancia.
- MADRE CORAJE: ¿Por qué no puede haber sido así?
- CAPELLAN: Porque usted no es así. Usted la fuma conscientemente.
- MADRE CORAJE: ¿Y en ese caso?
- CAPELLAN En ese caso, mi obligación es prevenirla, Coraje. Dudo que vuelva a encontrarse otra vez con ese señor, y creame no sería una desdicha sino una gran suerte. No me causó buena impresión, al contrario.
- MADRE CORAJE: ¿No? Era una buena persona.
- CAPELLAN: ¿Eso es para usted una buena persona? Para mí no. No es que le desee ningún mal, pero de ahí a decir que es una buena persona, ¡eso sí que no! Más bien me ha parecido un Don Juan, un pícaro Don Juan. ¿No me cree? Basta con mirar esa pipa para darse una idea del personaje.
- MADRE CORAJE: Yo no veo nada. Está gastada, eso es todo.
- CAPELLAN: Mírela bien: está mordida de parte a parte. Es un bruto. Es la pipa de un bruto sin tacto ni consideración. Eso es lo que usted vería se le quedase una pizca de sentido común.
- MADRE CORAJE: ¡No me destrozé el tajadero!
- CAPELLAN: Ya le he dicho que no soy leñador. Soy un pescador de almas, para eso he estudiado. Pero aquí desperdician mi

talento y mi capacidad en meros trabajos corporales, en lugar de cultivar los dones que me ha concedido la Divina Providencia. Es un pecado. Usted nunca me ha oído predicar. Con uno solo de mis sermones soy capaz de hipnotizar a todo un regimiento, a tal punto que el ejército enemigo se les aparece como un rebaño de ovejas. A partir de ese momento su propia vida pierde todo valor, como si fuese un pestilente harapo del cual hay que despojarse para alcanzar la victoria final. Dios me ha concedido el don de la elocuencia. Me pongo a predicar y usted pierde instantáneamente la facultad de ver y oír.

MADRE CORAJE: No tengo ningún interés de perder la facultad de ver y oír. ¿Qué sería de mí?

CAPELLAN: Coraje, muchas veces pensé que tras su apariencia fría y ruda se oculta una naturaleza ardiente. ¿No ha experimentado nunca la necesidad de sentir un poco de calor a su lado, como toda una criatura humana?

MADRE CORAJE: Tendré calor cuando usted se decida a partir la leña que hace falta para no helarse en esta tienda.

CAPELLAN: Escúcheme, no se escabulla. Le hablo en serio, Coraje, más de una vez pensé en lo que podría ser nuestra vida si estrecháramos más los lazos que nos unen. El torbellino de estos años de guerra nos ha acercado extrañamente.

MADRE CORAJE: Me parece que nuestros vínculos ya son bastante estrechos. Yo le preparo la comida y usted me devuelve ese favor cortando leña.

CAPELLAN (Se le acerca) Cuando hablo de estrechar vínculos, no me refiero a cosas materiales como preparar la comida, partir leña u otros viles menesteres. Deje que hable su corazón, no sea arisca.

MADRE CORAJE: Sea razonable, capellán. Usted me resulta simpático, no me obligue a reñirlo. ¿No comprende que lo único que deseo es sobrevivir, yo y mis hijos, con esta carreta que ni siquiera es mía? Mi cabeza no está para romances; en este momento he comprado mercadería y corro un gran riesgo.

El Mariscal imperial ha muerto y en todas partes se habla de paz. ¿Qué sería de usted si yo perdiera todo lo que poseo? ¿Ve? Ni usted mismo lo sabe. Vaya, córteme un poco de leña. Por lo menos no tendremos frío esta noche, y en tiempos como estos ya es bastante. ¿Qué ocurre?

Se levanta. Llega Catalina sin aliento, con una herida abierta en la frente que le toma hasta el ojo. Arrastra toda clase de objetos, fardos, arreos, un tambor, etc.

¿Te atacaron? ¿Cuándo volvías? La asaltaron cuando volvía. ¿Apostaría a que fue el dragón que se emborrachó en la cantina! No debí dejar que fueras sola. Suelta todo eso. No es grave, un rasguño nada más. Te pongo una venda y dentro de una semana estarás curada. ¡Son peores que las bestias! (Le venda la herida)

CAPELLAN

¿Qué se les puede reprochar! Cuando había paz, vivían en sus hogares y no ultrajaban a nadie. Los culpables son los que traman las guerras, los que trastornan la humanidad y erigen el vicio en virtud.

MADRE CORAJE:

¿No te acompañó el escribiente a la vuelta? ¡Claro, qué les importa a sos lo que pueda ocurrirle a una muchacha decente! La herida no es profunda, no quedará ninguna marca. Bueno, ya está vendada. No llores más, tengo algo para tí. Te lo guardé sin decirte nada para darte una sorpresa. (Saca de una bolsa los zapatos rojos de Yvette) ¿Y? ¿Estás contenta? Hace tiempo que los querías. Ahora son tuyos. Póntelos en seguida, antes de que me arrepienta. (Le ayuda a calzarse los zapatos) Ya verás, no se notará nada. Y aunque se note un poco, no seré yo quien me queje. ¡Pobre de la muchacha que les guste a esos! La manosean hasta convertirla en un guiñapo. En cambio, a la que no les gusta, por lo menos la dejan en paz. He conocido muchachas que era una gloria verlas, y al poco tiempo, tenían un aspecto como para espantar a los lobos. Una vida terrible. Ni pasar pueden detrás de un árbol sin que alguno se les eche encima. Sucede lo mismo que con los árboles. Los que son vigorosos y erguidos caen bajo el

hacha del leñador. Los raquíuticos, los mal conformados, a éstos nadie les presta atención, pero siguen viviendo. Créeme, puedes darte por muy contenta. Todavía están en buen estado estos zapatos. Los engrasé bien antes de guardarlos.

Catalina deja los zapatos y se refugia en la carreta.

CAPELLAN: Con tal de que no quede desfigurada.

MADRE CÓRAJE: Le quedará una cicatriz. Ya no tendrá que desear la paz.

CAPELLAN: Se defendió bien. No le robaron nada.

MADRE CORAJE: No debí decirle que se defendiera. Si pudiera saber qué ideas le pasan por la cabeza. Una vez, una sola vez, no volvió a casa por la noche. Después, siguió yendo y viniendo como antes, pero empezó a trabajar con más ahinco. Nunca llegué a saber lo que le sucedió aquella noche.

(Recoge los objetos traídos por catalina y se pone a ordenarlos furiosamente) Esto es la guerra. ¡Una hermosa manera de ganarse la vida! (Se oyen varios cañonazos)

CAPELLAN: Están enterrando al Mariscal. Es un momento histórico.

MADRE CORAJE: Han herido a mi hija en el rostro. Para mí, este es el momento histórico. Me la han desfigurado, no podrá encontrar marido, no podrá tener hijos, ella que se vuelve loca por los niños. También su mudez debe agradecérsela a la guerra; de pequeña, un soldado le metió bosta en la boca. A Requesón no lo veré nunca más, y Eilif, Dios sabe dónde está. ¡Maldita sea la guerra!

VII

Madre Coraje en la cúspide de su carrera comercial.

La carreta,

El capellán, Madre Coraje y su hija Catalina tiran de la carreta, en la que cuelgan las nuevas mercaderías. Madre Coraje lleva al cuello un collar de monedas de plata.

MADRE CORAJE: Por más que se diga, no hay nada como la guerra. Sí, dicen que es el fin de los débiles. Y cuando reina la paz, ¿acaso no sucede lo mismo? De cualquier forma, la guerra alimenta mejor a su gente. (canta)

Si tus fuerzas te abandonan
 En la victoria no estarás.
 La guerra sólo es un comercio
 Se vende plomo en vez de pan.
 ¿Qué se gana con quedarse quieto en un lugar toda la vida?
 Los que no se mueven son los primeros en morir: (canta)

Aquel que rehuyó la lucha
 En pos de su tranquilidad
 Creyó cavar su madriguera
 Y con su fosa se encontró.
 Y al fin del día, fatigado
 Cuando se tienda en su ataúd
 Quizás se pregunte angustiado
 Después de todo, ¿qué gané?
 (Prosiguen su camino)

VIII

En ese mismo año el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, muere en la batalla de Lützen. La paz amenaza arruinar el comercio de Madre Coraje. El intrépido Eilif realiza una hazaña fuera de lugar y termina sus días ignominiosamente.

Un campamento militar.

Una mañana de verano. Frente a la carreta, una anciana y su hijo. El hijo arrastra una gran bolsa llena de ropa de cama.

VOZ DE MADRE CORAJE: (en la carreta) ¡A quién se le ocurre molestar a esta hora de la madrugada!

JOVEN: Es que hemos andado toda la noche, siete leguas para llegar hasta aquí, y tenemos que estar de vuelta hoy mismo.

MADRE CORAJE: ¿Qué quiere que haga con todos estos trapos? Ya nadie tiene casa.

- JOVEN: Véalos por lo menos.
- VIEJA: No nos dará nada, vámonos.
- JOVEN: Claro, ¡y después que nos embarguen la casa por no pagar los impuestos! Algo nos dará, quizá tres florines si le entregas también la cruz de plata. (se oyen tañidos de campanas) ¡Escucha, madre!
- VOCES: (Desde el fondo) ¡Paz! ¡Murió el rey de Suecia!
- MADRE CORAJE: (Asoma la cabeza, despeinada aún) ¡Qué ocurre que suenan las campanas en mitad de la semana?
- CAPELLAN: (Sale de abajo de la carreta) ¡Qué están gritando?
- MADRE CORAJE: No me diga que se declaró la paz ahora que acabo de comprar mercadería.
- CAPELLAN: (Gritando desde el fondo) ¿Es cierto que hay paz?
- UNA VOZ: Sí, hace ya tres semanas, pero aquí andie estaba enterado de la noticia.
- CAPELLAN: ¿Por qué iban a echar a vuelo las campanas si no fuera porque terminó la guerra?
- UNA VOZ: Ha llegado a la ciudad un montón de luteranos con todos sus bagajes. Ellos trajeron la noticia.
- JOVEN: Madre, ha llegado la paz. Pero ¿qué tienes? (La anciana se ha desmayado)
- MADRE CORAJE: (Volviendo a la carreta) ¡Jesús, María Y José! ¡La paz Catalina! Ponte tus ropas negras. Iremos a la iglesia, en memoria de Requesón, se lo debemos. Pero será cierto, ¿no?
- JOVEN: Todos lo afirman: han hecho la paz. (La anciana, aturdida aún, se incorpora) ¿Puedes levantarte? Ahora haré marchar de nuevo la jalmería. Te lo prometo. Ya verás, todo irá bien. padre volverá a tener su cama. ¿puedes caminar?
- (Al capellán) Ha tenido una gran emoción: ya no creía en la paz. En cambio padre sí, él siempre creyó. Volvemos en seguida a casa. (Se marchan los dos)
- MADRE CORAJE: (Desde la carreta) Sírvales un aguardiente.
- CAPELLAN: Ya se han ido.
- MADRE CORAJE: ¿Qué pasa en el campamento?

- CAPELAN Se está agolpagndo la gente. Iré a ver. ¿Qué le parece si me pongo mis hábitos?
- MADRE CORAJE Cerciórese bien antes de ponerse en evidencia con sus ropas de anticristo. Me alegro de que venga la paz, aunque signifique mi ruina. Por lo menos he conseguido que dos de mis hijos salgan sanos y salvos de esta maldita guerra. Por fin volveré a ver a mi Eilif.
- CAPELLAN: ¡Miren quién viene por el sendero del campamento! ¡Ni más ni menos que el cocinero del capitán!
- COCINERO (Un poco de capa caída y llevando un bulto) ¡Qué veo!
¡El capellán!
- CAPELLAN: ¡Coraje, visitas!
- Madre Coraje baja de la carreta.
- COCINERO: Le prometí venir en cuanto pudiera a charlar un rato con usted. No olvide su aguardiente, señora Fierling.
- MADRE CORAJE: ¡Jesús! ¡El cocinero del capitán! ¡Después de tantos años! ¿Dónde está Eilif, mi hijo mayor?
- COCINERO: ¿No llegó todavía? Se puso en camino antes que yo, y venía para aquí.
- CAPELLAN: Voy a ponerme mis hábitos. (Desaparece detrás de la carreta)
- MADRE CORAJE Entonces, llegará de un momento a otro. ¡Catalina, viene Eilif! Trae una copa de aguardiente para el cocinero, Catalina. (Catalina no aparece) Echate sobre la frente un mechón de cabello y no pienses más. El señor Lamb es un amigo.
- Madre coraje va ella misma a buscar el aguardiente.
- No quier salir, ya no le importa la paz. Tardó demasiado. Le estropearon un ojo. No es que se note mucho, pero ella está convencida de que la gente no ve más que eso.
- COCINERO: ¡Ah, la guerra! (Se sientan) la dulce paz.
- MADRE CORAJE: Me encuentra usted en las malas, cocinero. Estoy arruinada.
- COCINERO: Mala suerte.
- MADRE CORAJE: La paz llega en un momento en que me acogota. Acabo de comprar mercadería nueva por consejo del capellán. Ahora viene la desbandada y yo me quedo clavada con todas las provisiones.

- COCINERO: También, ¿a quién se le ocurre seguir los consejos del capellán? Si los católicos no hubiesen llegado tan de improviso la última vez, la habría puesto en guardia. Es un parásito. ¿Y ese hombre es quien le dice a usted lo que debe hacer?
- MADRE CORAJE: Me lavaba la vajilla y me ayudaba a tirar de la carreta.
- COCINERO: ¿Qué va a tirar ése! Lo único que sabe hacer es contar cuentos sucios. Tiene un concepto de la mujer verdaderamente repugnante. Por más que lo intenté, nunca conseguí ejercer alguna influencia beneficiosa sobre él. Es un informal.
- MADRE CORAJE: ¿Y usted es formal?
- COCINERO: Seré todo lo que quieran, pero informal no. ¡A su salud!
- MADRE CORAJE: La gente formal no sirve para nada. Una vez, una sola vez, a dios gracias, me tocó en suerte un hombre formal. No bien llegaba la primavera, se iba a vender las mantas de los niños y decía que mi armónica era indigna de una cristiana. Ser serio no es una recomendación para mí.
- COCINERO: Siempre la misma lengua hiriente, Madre Coraje. Pero me gusta.
- MADRE CORAJE: ¿Esta vez no vendrá a contarme que estuvo soñando conmigo!
- COCINERO: Pensar que aquí estamos los dos, mientras echan a vuelo las campanas de la paz y usted me sirve este aguardiente como ninguna otra sabe hacerlo. ¡Y qué bueno es!
- MADRE CORAJE: En este momento me importan muy poco las campanas de la paz. Si no pagan las soldadas atrasadas, no sé lo que será de mi aguardiente, por bueno que sea. ¿A ustedes les pagaron lo que les debían?
- COCINERO: (Vacilando) Y... pagarnos no. Por eso cada uno se fue por su lado. Entonces, yo pensé: no tengo nada que hacer aquí, me voy a visitar los amigos. Esta es la razón por la que ahora estoy junto a usted.
- MADRE CORAJE: Dicho con otras palabras, no tiene ni un cobre.
- COCINERO: ¿Cuándo acabarán de destrozarnos los tímpanos con esas campanas! A mi me gustaría ahora dedicarme al comercio,

vender un poco de mercadería aquí, un poco allá. No me tiento nada volver a ser cocinero. Le exigen a uno que prepare platos con unas cuantas raíces y suela de zapato y encima le echan la sopa hirviendo a la cara. En estos tiempos ser cocinero equivale a llevar una vida de perros. Le aseguro que preferiría seguir peleando, pero ahora se ha firmado la paz.

Aparece el capellán con sus hábitos.

XCAPELLAN: El hábito está bueno todavía. Un poco apolillado solamente,

COCINERO: No se preocupe, ya nadie necesitará de sus servicios. ¿A quién le va a predicar ahora que ser soldado es un oficio honesto y que vale la pena dar la vida por él? Nadie le prestará atención. Por otra parte, tengo que arreglar cuentas con usted. Usted le aconsejó a esta señora que comprara mercaderías superfluas, con el argumento de que la guerra duraría eternamente.

CAPELLAN: ¿Puedo saber qué le importa a usted?

COCINERO: Me importa porque ha obrado con una inconciencia total. No tiene por qué meterse en asuntos ajenos ni dar consejos que nadie le pide.

CAPELLAN: ¿Quién es el que se está metiendo en lo que no le importa? (A Madre coraje) No sabía que era usted tan amiga de este señor ni que tuviera que rendirle cuentas de sus actos.

MADRE CORAJE: No se excite. El cocinero no ha hecho más que expresar su opinión. Y usted no podrá negar que su famosa guerra resultó un fiasco.

CAPELLAN: Vergüenza debería darle renegar de la paz, Coraje. Es usted el vampiro de los campos de batalla.

MADRE CORAJE: ¿Qué soy yo?

COCINERO: Si insulta a mi amiga, le advierto que tendrá que vérselas conmigo.

CAPELLAN: No hablo con usted. Ya veo cuál es su juego. (A Coraje) Pero cuando veo que toma usted a la paz con dos dedos, como si fuera un trapo sucio, toda mi humanidad se rebela, y entonces comprendo que no quiere la paz, sino la guerra,

porque le reporta beneficios. Pero no se olvide del viejo adagio: Para almorzar con el diablo hace falta una cuchara.

MADRE CORAJE: A mí no me gusta la guerra, no es mucho lo que puede darme. Y no le permito que me llame vampiro. En adelante todo ha terminado entre nosotros.

CAPELLAN: Entonces, ¿por qué se queja de la paz justo cuando todo el mundo empieza a respirar? ¿Porque se quedó clavada con unos cuantos cachivaches viejos?

MADRE CORAJE: Mis mercaderías no son cachivaches viejos. Vivo de ellos, y usted también, hasta nuevo aviso.

CAPELLAN: ¿Ve? Lo que yo decía: que usted vive de la guerra.

COCINERO: (Al capellán) Ya es bastante grande como para darse cuenta que nunca se debe dar consejos. (A Madre Coraje) Es hora de que vaya a liquidar su mercadería antes de que los precios estén por el suelo.

MADRE CORAJE: Es un consejo muy sensato. Creo que voy a seguirlo.

CAPELLAN: ¡Claro! ¡Como se lo dio el cocinero!

MADRE CORAJE: ¿Por qué no me lo dió usted? Tiene razón, me voy corriendo a la feria. (Entra en la carreta)

COCINERO Un tanto para mí, capellan. Le falta presencia de ánimo. Debió haber dicho: "Yo le di un consejo. ¡Vamos, si estaba hablando de política!" No tiene pasta para competir conmigo. Con ese hábito no se puede intervenir en una riña de gallos.

CAPELLAN: Le advierto que si no se calla la boca se la cerraré yo, con este hábito o sin él.

COCINERO: (Se quita las botas y los trapos con que se ha envuelto los pies) Si no se hubiera convertido en un canalla le resultaría fácil encontrar una parroquia. Cocineros ya no se necesitan, no hay nada que cocinar, pero la fe sigue incólume.

CAPELLAN Señor Lamb, se lo ruego, no me desplace. Desde que me he encanallado soy un hombre mejor. Ya no podría predicar.

Entra Yvette Potier, lujosamente vestida de negro y llevando un bastón. Está muy envejecida, más gorda y muy empolvada. La sigue un criado.

- YVETTE: ¡Eh! ¡Amigos! ¿Es aquí donde para Madre Coraje?
- CAPELLAN: Así es. ¿Con quién tenemos el gusto de hablar?
- YVETTE: Con la Coronela Starhemberg, buena gente. ¿Dónde está Madre Coraje?
- CAPELLAN (Grita a Madre Coraje que está en la carreta) La Coronela Starhemberg desea hablar con usted.
- VOZ DE MADRE CORAJE: Ya voy.
- YVETTE: ¡Soy yo, Yvette!
- MADRE CORAJE: ¿Qué me dicen? ¡Yvette!
- YVETTE: Vine a ver cómo andan las cosas por aquí. (Ve al cocinero que se ha vuelto, espantado.) ¡Pedro!
- COCINERO: ¡Yvette!
- YVETTE: ¡Esto sí que es bueno! ¿Cómo has venido a parar aquí?
- COCINERO: Y, cuando empezó a dispersión.. *En una carreta*
- CAPELLAN: ¿Así que se conocen? intimamente, parece...
- YVETTE: *Cocinero* Creo que sí. (contemplándolo) ¡Que gordo estás!
- CAPELLAN: Tú tampoco estas muy esbelta que digamos.
- YVETTE: De todos modos, me alegro de encontrarte. Por fin podré decirte lo que pienso de ti.
- CAPELLAN: Dígaselo sin contemplaciones. Pero espero un poco, que Madre Coraje lo oiga.
- MADRE CORAJE: (Sale de la creta trayendo toda clase de mercancía)
¡Yvette! (Se abrazan) Pero ¿estás de luto?
- YVETTE: ¿No me sienta? Mi marido, el coronel, murió hace varios años.
- MADRE CORAJE: ¿Aquel viejo que estuvo a punto de comprarme la carreta?
- YVETTE: Su hermano mayor.
- MADRE: Parece que no te ha ido del todo ma. Una por lo menos a quien la guerra la convirtió en alguien.
- YVETTE: Tuve momentos buenos y momentos malos. La paz me sorprendió en uno de los buenos.
- MADRE: ¡Que no me vengan a hablar mal de los coroneles! ¡Hay que ver el dinero que juntan!
- CAPELLAN (Al cocinero) En su lugar, volvería a calzarme las botas.
(A Yvette) Prometió decir lo que pensaba de este señor, señora coronela.

- COCINERO: No vengas a armar escándalos aquí, Yvette.
- MADRE: Es un amigo mío, Yvette.
- YVETTE: Es él, pedro el de la Pipa.
- COCINERO: ¡Déjate de motes! Me llamo Lamb.
- MADRE: (Riendo) ¡Pedro el de la pipa! El que hacía suspirar a todas las muchachas. ¿Sabe? Le he guardado la pipa.
- CAPELLAN: Hasta fumó en ella.
- YVETTE: Es una suerte que me encuentre aquí para ponerla en guardia. Es el pícaro más redomado que se haya visto jamás por las costas de Flandes. Por cada dedo de su mano, hay una mujer a quien hundió en la desesperación.
- COCINERO: Todo eso es historia antigua. Ni siquiera es verdad.
- YVETTE: Ponte de pie cuando una dama te dirige la palabra. ¡Ah! Pensar que pude amar tanto a este hombre. Y él, entretanto, se acostaba con una negrucha de piernas torcidas. Naturalmente, también a ella la sumió en la miseria.
- COCINERO: Lo que es a ti parece que te di buena suerte.
- YVETTE: ¡Cállate la boca, despojo siniestro! Desconfíe de él. Por descrépito que parezca, no deja de ser un elemento peligroso.
- MADRE: (A Yvette) Ven conmigo. Debo vender todo esto antes de que los precios se vengán abajo. Tal vez puedas ayudarme, con todas las relaciones que tienes en el regimiento. (A catalina, que no se ha movido de la carreta) ¡Catalina! Hoy no vamos a la iglesia. Me voy a la feria. Si llega tu hermano Eilif, dale de beber. (Sale con Yvette)
- YVETTE: (Alejándose) ¡Cuando pienso que me aparté de la buena senda por semejante hombre! Si no fuera por mi buena estrella, no sé cómo habría remontado la corriente. ¡Pedro el de la Pipa! En fin, ya me gané el día desbaratando sus planes.
- CAPELLAN: (Al cocinero) Le propongo como tema de meditación para el día de hoy el proverbio siguiente "Quien ríe último ríe mejor". ¡Y era usted el que se burlaba de mi falta de agallas!

COCINERO: No tengo suerte. ¿Quiere que le sea franco? La verdad es que esperaba encontrar aquí una buena comida caliente, estoy muerto de hambre. En cambio me encuentro con esa mujer que se pone a charlar más de la cuenta y Madre Coraje se formará una idea completamente falsa de mi persona. Creo que lo mejor será que me esfume antes de que regese.

CAPELLAN: Yo también lo creo.

COCINERO: Le confieso, Capellán, que estoy desilusionado de la paz. Hay que purificar los hombres con el hierro y el fuego, todos son pecadores, desde la cuna. ¡Ah! Si pudiera estar ahora cocinando un pavo bien cebado para mi capitán -Dios sabe por dónde andará- con salsa de mostaza y zanahorias. Repollo colorado. Con el pavo se sirve repollo colorado. Ya lo sé. Pero el quería zanahorias.

CAPELLAN: No entendía nada.

COCINERO: Lo que no impedía que usted engullera las zanahorias con todo su entusiasmo.

CAPELLAN: A disgusto.

COCINERO: Como quiera. Pero no me negará que eran buenos tiempos aquellos.

CAPELLAN: No lo niego.

COCINERO: Ahora que la trató de vampiro, también se acabó la ganga para usted. ¿Por qué pone esa cara?

CAPELLAN: ¡Eilif! (Llega Eilif, escoltado por dos soldados armados con picas. Tiene las manos atadas. Esta blanco como el papel) ¿Qué te ha pasado?

EILIF: ¿Dónde está mi madre?

CAPELLAN: En la ciudad.

EILIF: Me dijeron que estaba aquí. Me permitieron verla por última vez.

COCINERO: (A los soldados) ¿A dónde lo llevan?

SOLDADO: No a una fiesta.

CAPELLAN: ¿Qué crimen cometió?

- SOLDADO: Saqueó una granja. la campesina murió.
- CAPELLAN: ¿Cómo has podido hacer semejane cosa?
- EILIF: Lo que he hecho hoy, lo hice antes cien veces.
- COCINERO: Pero ahora no estamos en guerra.
- EILIF: ¡cierra el pico! ¿Puedo sentarme hasta que vuelva?
- SOLDADO: Tenemos prisa.
- CAPELLAN: Durante la guerra lo honraban por una acción como esa y hasta lo sentaban a la diestra del capitán. Entonces, aquello era heroísmo. ¿No se le podría decir una palabra al alcalde?
- SOLDADO: Es inútil. Robarle el ganado a los labriegos no tiene nada de heroico.
- COCINERO: Es una estupidez.
- EILIF: Dejarse morir de hambre, eso es una estupidez.
- COCINERO: Y a ti, como eres tan inteligente, te van a cortar el cogote.
- CAPELLAN: Por lo menos habrá que avisar a Catalina.
- EILIF: Déjala donde está. Mejor será que me des una copa, la necesito.
- CAPELLAN: ¿Qué le diremos a tu madre?
- EILIF: Dile que no fue nada nuevo, dile que fue lo mismo. O no le digas nada. (Los soldados se lo llevan)
- CAPELLAN: Te acompaño en tu último viaje.
- EILIF: No me hacen falta consuelos.
- CAPELLAN: No puedes saberlo. (Lo sigue)
- COCINERO: (Gritando) ¡Tendré que decírselo! ¡Querrá verlo!
- CAPELLAN: No le diga nada, es preferible. A lo sumo, que pasó por aquí y que volverá, mañana tal vez. Hasta entonces, yo estaré de regreso y podré prepararla para recibir la noticia.
- Sale rápidamente. El cocinero los sigue con la mirada y sacude la cabeza. Luego se pasea agitado. Finalmente, se acerca la carreta.
- COCINERO: ¡Oiga! ¿No quiere salir? Comprendo que la paz le dé deseos de ocultarse. A mí me ocurre lo mismo. Soy el cocinero del capitán. ¿Me ubica? ¿No tendría alguna cosita para comer hasta que vuelva su madre? Me gustaría una lonja de

tocino o un pedazo de pan, para matar el tiempo. (Mira dentro de la carreta) Se ha tapado la cabeza con la manta.

En el fondo retumban cañones.

- MADRE: (Llega corriendo, sin aliento, y cargada con su mercadería_)
¡terminó la paz, cocinero! Hace tres días que comenzó nuevamente la guerra. Cuando me lo dijeron todavía no había vendido nada, a Dios gracias. En la ciudad ya están tirando sobre los luteranos. Tenemos que partir en seguida con la carreta. Catalina, hay que levantar campamento. ¿Por qué está tan turbado? ¿Qué le pasa?
- COCINERO: Nada.
- MADRE: Sí, le ocurre algo. Se lo leo en el rostro.
- COCINERO: Debe ser porque tenemos guerra otra vez. Ahora tendré que esperar hasta mañana para echarme al buche algo caliente.
- MADRE: ¡Cocinero, está mintiendo!
- COCINERO: Eilif pasó por aquí. Pero tuvo que marcharse en seguida.
- MADRE: ¿Pasó por aquí? Entonces lo alcanzaremos en el camino. Me marchó con los nuestros. ¿Y cómo está?
- COCINERO: Como siempre.
- MADRE: A ése no me lo cambia, nadie, la guerra no ha podido arrebatármelo. Es inteligente. ¿Me ayuda a embalar?
(Se pone a embalar) ¿Contó algo? ¿Siempre está a partir de un confite on el capitán? ¿Realizó alguna otra hazaña?
- COCINERO (Lúgubre) Según parece, repitió una de las que ya había realizado.
- MADRE: Me lo contará después. Ahora tenemos que irnos. (aparece Catalina) Catalina, se acabó la paz. Seguimos marchando. (al cocinero) ¿Y usted, qué va a hacer?
- COINERO: Voy a engañarme.
- MADRE: ¿Dónde está el capellán?
- COCINERO: En la ciudad, con Eilif.
- MADR: Entonces, acompañenos un trecho. Necesito que alguien me ayude.
- COCINERO: Y la aventura con Yvette...

MADRE: No lo disminuye a mis ojos. No hay humo sin fuego.
Y, ¿se viene con nosotros?

COCINERO: No digo que no.

MADRE: El regimiento doce ya se puso en camino. Engánchese a la carreta. Aquí tiene un trozo de pan. Tendremos que hacer un rodeo para alcanzar a los luteranos. Tal vez antes de que sea de noche encontraremos a Eilif. Es mi preferido. Ha durado poco la paz. Y el baile continua. Canta mientras Catalina y el cocinero se enganchan en la carreta.

De Ulm a Metz, de Metz a Flandes

Madre Coraje sigue en pie

Siempre que haya pólvora y plomo

El pan jamás faltará.

Pero el plomo y la pólvora no bastan,

La guerra exige carne de cañón.

¡Oid, ahí pasa el Regimiento

No esperéis más, enrolaos hoy!

IX

Hace dieciseis años que dura la gran guerra de religión. Alemania ha perdido más de la mitad de los habitantes. Violentas epidemias acaban con los que han quedado vivos después de la matanza. El hambre hace estragos en las provincias otrora florecientes. Los lobos merodean en las ciudades desvastadas por el fuego. En el otoño de 1634 encontramos a Madre Coraje en los montes Fichtel, en la ruta que recorren los ejércitos suecos en retirada. Ese año el invierno ha sido duro y precoz. Los negocios van mal y no queda otro recurso que mendigar. El cocinero recibe una carta de Utrecht y es despedido.

Frente a un presbiterio medio destruido

Una mañana gris a comienzos del invierno. Borrascas. Madre coraje y el cocinero, cubiertos con pieles de cordero, están junto a la carreta.

COCINERO: Todo está oscuro. Duermen todavía.

- MADRE: Es un presbiterio. Para tañer las campanas, el cura tendrá que salir de sus edredones y tomar un plato de sopa caliente.
- COCINERO: ¿Para quién va a tocar las campanas? Toda la ciudad está quemada?
- MADRE: Está habitado. Oí ladrar a un perro.
- COCINERO: Aunque el pastor tuviera sopa, no nos daría anada.
- MADRE: Si nos pusiéramos a cantar...
- COCINERO: Estoy harto. (bruscamente) Recibí una carta de Utrecht. Mi madre ha muerto de cólera, el albergue es mío. Mira la carta, si no me crees. Lo que mi tía dice de mí no te interesa, pero te la muestro de todos modos.
- MADRE: (lee la carta) Lamb, yo también estoy hastiada de este interminable vagabundeo. Soy como el perro del carnicero, que lleva la carne para todos y nunca recibe un bocado. Ya no me queda nada para vender y la gente no tiene con qué comparar esa nada. En Sajonia me crucé con un hombre cubierto de harapos que me quiso cambiar un rollo de pergamino así de grande por dos huevos. En Wurtemberg me hubieran cedido un arado por una bolsita de sal. ¿Para qué voy a labrar la tierra si sólo crecen cizañas? Dicen que hay ciudades en Pomerania donde los aldeanos se comieron a los niños y se sorprendió a las religiosas asaltando a los caminantes.
- COCINERO: El mundo está en vías de desaparecer.
- MADR: A veces me veo recorriendo el infierno con mi carreta, vendiendo pez hirviendo, o atravesando el paraíso ofreciendo el viático a las almas errantes. Si encontrara un rinconcito donde no hubieran tiros ni cañones, me gustaría quedarme allí con los hijos que me quedan y vivir en paz un año o dos.
- COCINERO: Podríamos ocuparnos de la hostería. Piénsalo, Ana. Esta tarde tome una decisión; me vuelvo a Utrecht, contigo o sin tí, y hoy mismo.

Madre;

Tengo que hablar con Catalina. Me tomas por sorpresa y no puedo tomar ninguna decisión cuando tengo frío y el estómago vacío. (Catalina desciende por la carreta)
Tengo algo que decirte, Catalina. El cocinero y yo estábamos pensando en irnos a vivir a Utrecht. El heredó una hostería allí. Tendríamos una residencia fija, haríamos relaciones. Más de uno sabrá apreciar a una muchacha con una posición. La belleza no es todo. A mí me gustaría. Me entiendo bien con el cocinero. Hay que reconocer que tiene el sentido de los negocios. Podríamos comer todos los días. No estaría mal, ¿eh? Y tendrías una cama para ti sola. ¿Te gustaría? A la larga, no es vida esto de estar corriendo siempre por los caminos. Si las cosas siguen así, no podrás resistir. Ya estás llena de piojos. Hay que decidirse. Podríamos seguir a los suecos, que van hacia el norte. Deben andar por ahí. (Señala a la izquierda) ¿Y, Catalina, aceptamos?

COCINERO:

Ana, tengo que decirte dos palabras a solas.

MADRE:

Vuelve a la carreta, Catalina. (Catalina entra)

COCINERO

Te interrumpí porque veo que hay un malentendido. Pensé que la cosa era evidente, pero ya que no has comprendido tendré que explicártelo. En ningún momento se me ocurrió llevar a Catalina con nosotros. Te imaginas por qué.

Catalina asoma la cabeza.

MADRE:

¿Quieres decir que tendría que abandonarla?

COCINERO

¿Qué te crees? En la hostería no hay lugar. Si trabajamos duro los dos, podremos salir adelante, pero para tres no alcanza. Catalina puede quedarse con la carreta.

MADRE:

Pensé que en Utrecht podría encontrar marido.

COCINERO:

No me hagas reír. ¿Encontrar marido, ella? Una muchacha muda y con esa cicatriz... Y te imaginarás que a su edad...

MADRE:

No grites tanto.

COCINERO:

Grite o no grite, las cosas son como son. Por eso no quiero llevarla a la hostería. A los clientes no les gusta tener cosas así ante su vista. Los comprendo.

MADRE: Cállate. Te he dicho que no grites.

COCINERO Hay luz en el presbiterio. podríamos cantar.

MADRE: ¿Qué haría completamente sola con la carreta? Le tiene miedo a la guerra, es mas fuerte que ella. ¡Los sueños que ha de tener! Muchas noches la oigo gemir. Sobre todo, después de las batallas. Nunca conseguiré saber lo que ve en sus pesadillas. Está enferma de piedad. No hace mucho hallé un erizo oculto entre sus cosas. Un erizo que habíamos lastimado con la carreta.

COCINERO: La hostería es demasiado pequeña. (Gritando) ¡Estimado señor, criados y moradores de la casa! Vamos a cantar la canción de Salomón, Julio César y otros grandes espíritus a quienes de nada les sirvió ser lo que fueron. Tampoco a nosotros nos sirve para nada la honestidad, salvo para llevar una vida dura, sobre todo en el invierno.

Tomad al sabio Salomón,
 Que gozó de tantas riquezas,
 Loado fue por su equidad
 Pero no vio en sus grandezas
 Más que tonta vanidad.
 ¡Cuán sabio era Salomón!
 Pues bien, antes de caer el día
 Ya todo el mundo sabía
 Que su saber lo perdió.
 ¡Feliz el que no lo tiene!

Todas las virtudes son peligrosas en este mundo, como lo prueba nuestra hermosa canción. Es mejor no tenerlas, y poder gozar de un buen almuerzo, una sopa caliente, por ejemplo. Pero no la tengo. Soy soldado. ¿De qué me valió tanta bravura en los campos de batalla? ¿De nada! Me muero de hambre. Si hubiera sido un cobarde, por lo menos ahora estaría en mi casa. ¿Por qué?

Pensad en el audaz César
Y en su lamentable historia.

En la cima de su gloria
Poderoso y envidiado
Su sino quedó sellado
Cuando su amigo Bruto lo mató.
Pues bien, antes de caer el día
Ya todo el mundo sabía
Que su audacia lo perdió.

¡Feliz el que no la tiene!

(En voz baja) Ni siquiera asoman la nariz. (en voz alta)
¡Querido señor! ¡Criados y moradores de la casa!
Ustedes me dirán: ¡Es evidente, alla audacia nunca alimentó
a nadie! ¡Pero si probara con la honradez! Tal vez conse-
guiría llenarse el vientre o, por lo menos, no morirse
de hambre." Pero ¿cuáles la realidad?

Tomad al virtuosos Sócrates,
Jamás faltó a la verdad.
Por su virtud fue odiado
Y a la cicuta condenado
Por jueces llenos de maldad.
Honrad al virtuoso Sócrates.
Pues bien, antes de caer el día
Ya todo el mundo sabía
Que su virtud lo perdió.

¡Feliz el que no la tiene.

Dicen que hay que olvidarse de sí mismo y compartir
lo que se tiene. De acuerdo, pero, ¿y si no se tiene nada?
Es cierto que los filántropos no tienen una vida fácil,
pero nosotros también necesitamos algo para vivir. La
caridad no rinde, por eso es una virtud que no abunda.
Aquel buen santo Martín
Que amaba a la pobre gente
Vio temblar a un indigente
Y su capa partió en dos.

Lanzó a mundo un desafío
 Pero ambos murieron de frío.
 Pues bien, antes de caer el día
 Ya todo el mundo sabía
 Que su caridad lo perdió.
 ¡Feliz el que no la tiene!

Este es nuestro caso: somos buena gente, vivimos en paz
 unos con otros, no robamos, no matamos, no incendiamos.
 Pero cada día que pasa nos hundimos un poco más; cada
 día que pasa la sopa escasea un poco más; cada día que
 En cambio, si fuéramos ladrones, asesinos o incendiarios,
 estaríamos satisfechos. La virtud no rinde, la maldad
 produce. Así anda el mundo, y no anda bien.

Fuimos siempre gente honrada
 Cumplimos los mandamientos
 Pero de nada nos sirvió.
 Vosotros que estáis junto al fuego
 Mirad nuestros sufrimientos
 Y aliviad nuestro dolor.

Pues bien, antes de caer el día
 Ya todo el mundo sabía
 Que nuestra fe nos perdió.
 ¡Feliz el que no la tiene!

VOZ: (Desde la casa) ¡Eh, buena gente! Les daremos un poco
 de sopa. ¡Pueden subir!

MADRER: No podría tragar ni una gota, Lamb. Comprendo tus
 objeciones, pero ¿es tu última palabra? ¡Nos entendíamos
 tan bien los dos!

COCINERO: Es mi última palabra. piénsalo.

MADRE: No tengo nada que penar. No la abandonaré aquí.

COCINERO: Es una insensatez. Lo lamento. No soy un monstruo, pero
 la hostería es demasiado chica. Vamos, subamos ahora, o
 nos quedaremos con las manos vacías otra vez. Sería un
 chiste haber cantado de balde con el frío que hace.

MADRE: Voy a buscar a Catalina.

COCINERO: Tráele algo de lo que nos den. Si nos ven llegar a los tres, pueden asustarse.

Entran en el presbiterio. Catalina sale de la carreta con un hatillo. Mira a derredor para cerciorarse de que su madre y el cocinero no están. Después pone bien a la vista, sobre la rueda de la carreta, un viejo pantalón del cocinero y una falda de su madre. En el momento en que acaba de colocarlos y recoge su hatillo, Madre coraje sale de la casa.

MADRE: (trae un plato de sopa) ¡Catalina! ¡Espera! ¡A dónde vas con ese bulto? ¡Te ha abandonado la gracia de Dios y de todos los Santos? (Examina el bulto) SE llevaba todas sus cosas. ¡Nos escuchaste? Le dije que no quería saber nada de su Utrecht ni de su piojosa hostería. ¡Qué íbamos a hacer allí? Ni tú ni yo servimos para estarnos quietas en una hostería. La guerra no nos ha dado todavía todo lo que necesitamos. (Advierte su falda y el pantalón del cocinero) ¡Qué tonta eres! ¡Qué te parece si yo me hubiera encontrado con esto y tú te hubieras marchado? (Detiene a Catalina que insiste en irse) No vayas a suponer que lo dejo plantado por ti. Es por la carreta, ¿comprendes? No voy a separarme de la carreta. Te digo que no, no es por ti, es por la carreta. Ven, partiremos en otra dirección y dejaremos las cosas del cocinero afuera, para que las encuentre, el muy imbécil. (Sube a la carreta, arroja alguna ropa al suelo y vuelve a bajar) Bueno, afuera, y de ahora en adelante ningún otro hombre pondrá los pies en mi carreta. Nos iremos solas las dos. Este invierno también pasará, como los demás. Engánchate antes de que empiece a nevar.

Se enganchan en la carreta, dan media vuelta y se van. El cocinero sale de la casa y contempla, estupefacto, sus cosas.

X

Durante el año 1635, Madre Coraje y su hija Catalina recorren las carreteras de la Alemania Central, siguiendo a los ejércitos cada vez más miserables.

La carreta.

Madre Coraje y Catalina tiran de la carreta. Pasan ante una granja. En la granja una voz canta:

Floreció una rosa
 En medio del jardín,
 Una rosa muy hermosa.
 En marzo la plantamos
 Con cuidados sin fin.
 Feliz quien tiene un jardín
 Y en el ajardín una rosa.
 Cuando sopla el cierzo helado
 Cuando se hiela el pinar
 No le tengo miedo a nada.
 En mi cálida morada
 Arde el fuego en el hogara.
 Feliz quien tiene su hogar
 Cuando sopla el cierzo helado.

Madre Coraje y Catalina se detienen para escuchar, luego prosiguen su camino.

XI

Enero de 1636. Las tropas imperiales amenazan la ciudad luterana de Halle. Las piedras comienzan a hablar. Madre Coraje pierde a su hija y prosigue sola su camino. La guerra no tiene visos de terminar.

La carreta, muy destartada, se encuentra junto a una granja cubierta por un enorme techo de paja, que se apoya en un collado. Es de noche. De un matorral surgen un teniente y tres soldados cargados de armas.

TENIENTE: No quiero ruidos aquí. Al primero que grite le clavan la pica.

PRIMER SOLDADO: Pero habrá que llamar a la puerta para conseguir un guía.

TENIENTE: Llamar a la puerta no es un ruido anormal. Podría ser una vaca que golpea las paredes de su establo.

Los soldados llaman a la puerta de la granja. Abre una campesina. Uno de los soldados la amordaza. Entran dos soldados.

VOCES EN LA GRANJA: ¿Qué sucede?

Los soldados hacen salir a un campesino y a su hijo.

TENIENTE (señalando la carreta de la que sale catalina) Allí hay otra. (Un soldado la empuja junto a los demás) ¿No queda nadie más?

CAMPESINO: Este es nuestro hijo y aquella es una muda. Su madre fue a la ciudad a comprar mercadería para su comercio: la gente vende barato sus cosas antes de huir. Ellas tienen una cantina, van de aquí para allí.

TENIENTE: Ahora, a quedarse muy quietos. Al menor ruido, les hago clavar la pica en las tripas. Necesito alguien que me indique el sendero para ir a la ciudad. (Señala al joven campesino) VEndrás tú.

JOVEN CAMPESINO: No conozco el sendero.

SEGUNDO SOLDADO: (burlándose) "no conoce el sendero".

JOVEN CAMPESINO: Yo no sirvo a los católicos.

TENIENTE: Hazle probar la pica.

JOVEN CAMPESINO: (Obligado a ponerse de rodillas y bajo la amenaza de la pica) No lo haré. Aunque me maten.

PRIMER SOLDADO: Yo sé cómo hacerle entrar en razón. (Se dirige al establo) ¡dos vacas y un buey! Escucha: si no obedeces hago degollar tu ganado.

JOVEN CAMPESINO: ¡El ganado no!

CAMPESINA: (Llorando) Señor capitán, no nos mate los animales, nos moriremos de hambre.

TENIENTE: Si no cede, no quedará ni uno solo con vida.

PRIMER SOLDADO: Empiezo con el buey,

JOVEN CAMPESINO (A la campesina) ¿Debo ir? (La campesina asiente) Acepto.

CAMPESINA: Muchas gracias, señor Capitán, por habernos perdonado. Que Dios se lo pague por los siglos de los siglos, amén.

El campesino impide que su mujer continúe agradeciendo.

PRIMER SOLDADO: Como si yo no supiera que para ellos el buey está por encima de todo.

Guiados por el joven campesino, salen el teniente y los tres soldados.

CAMPESINO Me gustaría saber lo que están tramando. Nada bueno, con seguridad.

CAMPESINA Tal vez sea solamente una patrulla de reconocimiento. ¿Qué haces?

CAMPESINO: (Apoya una escalera contra el techo y sube) Quiero ver si vinieron solos. (Desde lo alto de la escalera) Algo se mueve en el matorral. Hay gente hasta la cantera. Y coraceros en el camino, con un cañón. Es más que un regimiento. Dios proteja a la ciudad y a todos los que están en ella.

CAMPESINA: ¿Ves luces en la ciudad?

CAMPESINO: Ninguna. Todos están durmiendo. (Desciende) Si llegan a entrar, habrá una verdadera carnicería.

CAMPESINA El centinela dará la alarma.

CAMPESINO Deben haber asesinado al vigía del torreón, si no hace tiempo que habría tocado su trompa.

CAMPESINA: Si fuésemos más...

CAMPESINO Solos con una impedida...

CAMPESINA No se puede hacer nada...

CAMPESINO Nada.

CAMPESINA: No podemos arriesgarnos a bajar, está demasiado oscuro.

CAMPESINO Hay soldados a lo largo de toda la ruta. Ni siquiera podríamos intentar una señal.

CAMPESINA ¿Para que vengan después aquí y nos degüellen?

CAMPESINO: Sí, no hay nada que hacer.

CAMPESINA: (A Catalina) ¡Reza, pobre bestezuela, reza! Nosotros no podemos evitar la sangre que va a derramarse. Ya que no eres capaz de hablar, por lo menos puedes rezar. Aunque nadie te oiga, El te oirá. Yo te ayudaré. (Se arrodillan los tres. Catalina detrás de los dos campesinos)
Padre nuestro que estás en los cielos, escucha nuestra

plegaria, no permitas que perezca la ciudad y todos los que están adentro y duermen sin sospechar nada. Haz que despierten y acudan a las murallas y vean al enemigo que desciende por los prados de la ladera, con picas y cañones, ocultándose en la noche. (A Catalina, volviéndose) Protege a nuestra madre y haz que el centinela no duerma. Haz que despierte, porque si no será demasiado tarde. Ayuda también a nuestro cuñado. Está en la ciudad con sus cuatro hijos; no permitas que mueran, son inocentes, no comprenden aún. (A Catalina que gime) El menor tiene dos años, el mayor siete. (Catalina se pone en pie, trastornada) Padre nuestro, escúchanos, porque la ayuda sólo puede venir de Tí. Nosotros pereceríamos, no tenemos armas, no tenemos anda, no nos atrevemos a dar un paso y estamos entre Tus manos con todos nuestros animales y nuestra granja, y toda la ciudad también está en Tus manos, y el enemigo acecha tras los muros con un gran ejército.

Catalina se ha aproximado sigilosamente a la carreta, y ha sacado algo que esconde bajo su delantal. Luego sube al techo por la escalera.

CAMPESINA: Protege a los niños que corren un grave peligro, a los demás pequeños sobre todo, y a los ancianos que no pueden moverse y a todas Tus criaturas.

CAMPESINO Y perdónanos nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido. Amén.

Sentada en el techo, Catalina se pone a batir el tambor que tenía oculto bajo el delantal.

CAMPESINA: ¡Jesús! ¿Que está haciendo?

CAMPESINO: ¡Ha perdido el juicio!

CAMPESINA: ¡Hazla bajar, pronto!

El campesino se precipita por la escalera, pero Catalina sube al techo.

CAMPESINA: ¡Va a ser nuestra desgracia!

CAMPESINO: ¡Deja inmediatamente de golpear tu tambor, muda del diablo!

CAMPESINA: ¡Los Imperiales se nos echaran encima!

CAMPESINO: (Recogiendo piedras del suelo) ¡Mira que te apedreo!

CAMPEINA: ¡No tienes compasión de nosotros? ¡No tienes corazón?
Si vuelven, estamos perdidos. Nos matan a todos.

Catalina mira a lo lejos, en dirección de la ciudad, y sigue batiendo el tambor.

CAMPESINA: (Al campesino) ¡Siempre te dije que no debíamos dejar entrar en nuestra casa a esas vagabundas! ¡Como el ganado no es de ellas, qué les importa!

TENIENTE: (Viene corriendo con el joven campesino) ¡Les hago saltar a todos /a tapa de los sesos!

CAMPESINA: Señor oficial, somos inocentes, no tenemos la culpa.
¡Subió al techo a espaldas nuestras! Es una forastera.

TENIENTE: ¡Dónde está la escalera?

CAMPESINO: La tiene ella.

TENIENTE: ¡Te ordeno que arrojes el tambor!

CAMPESINA: Su madre está en la ciudad.

TENIENTE: Todos ustedes están confabulados. ¡De ésta no salen vivos!

CAMPESINO: Tal vez podríamos desalojarla con un tronco, en el bosque hay pinos talados.

PRIMER SOLDADO: (Al teniente) Mi teniente, tengo una idea. (Le dice algunas palabras al oído. El teniente asiente) Te hacemos una proposición, por las buenas. Bájate en seguida, nos acompañas a la ciudad, nos muestras a tu madre y te prometemos que saldrá sana y salva.

Catalina sigue batiendo el tambor.

TENIENTE: (Empujando brutalmente al soldado) No se fía de tí. No es extraño, con la cara que tienes. (A Catalina) Te doy mi palabra. ¡La palabra de honor de un oficial! (Catalina golpea con mayor ímpetu) ¡No hay nada sagrado para ella!

SOLDADO PRIMERO: Si sigue golpeando así, en la ciudad terminarán por oírla.

TENIENTE: Hay que hacer algún ruido que apague el del tambor.
¡Con qué podríamos hacer ruido?

SOLDADO PRIMERO: ¡No dijo que no debíamos hacer ningún ruido?

TENIENTE: Un ruido inocente, imbécil, que no sea guerrero.

CAMPESINO: Yo podría partir leña.

TENIENTE: Eso es, parte leña.

El campesino va en busca de su hacha y comienza a golpear contra un tronco.

TENIENTE: Golpea más rápido, te va en ello la vida.

Catalina disminuye la intensidad de sus golpes y presta atención. Arroja una mirada inquieta al campesino y continúa luego batiendo el tambor con todas sus fuerzas.

TENIENTE: (Al campesino) Más fuerte. (Al soldado primero) Tú también, parte leña.

CAMPESINO: Tenemos una sola hacha. (deja de golpear)

TENIENTE: Hay que incendiar la granja.

CAMPESINA: Sería inútil, señor capitán. En la ciudad verían el fuego y se darían cuenta.

Catalina ha escuchado la conversación y se echa a reír.

TENIENTE: Mírala, se está riendo de nosotros. No aguanto más. Le voy a descerrajar un balazo. Tanto peor si damos la alarma. Vayan a buscar los mosquetes. (Dos soldados salen corriendo)

CAMPESINA: Tengo una idea, señor capitán. Podríamos romperle la carreta. Le apuesto que para en seguida. Es todo lo que poseen.

TENIENTE: (Al joven campesino) ¡Destrózala! (A Catalina!) Si no dejas de tocar ese maldito tambor, te destrozamos la carreta.

El joven campesino da algunos golpes leves a la carreta. Catalina sigue tocando el tambor.

TENIENTE: ¡Basta ya, bestia!

Catalina lanza algunos gemidos al ver la suerte de su carreta, pero no se interrumpe.

TENIENTE: ¿Dónde se han metido esos bribones de mierda con sus mosquetes?

SOLDADO PRIMERO: En la ciudad no habrán oído nada, si no ya escucharíamos los cañones.

TENIENTE: ¿Te das cuenta de que ni siquiera te oyen en la ciudad? Te vas a hacer matar inútilmente. ¡Por última vez, suelta el tambor!

JOVEN CAMPESINO: (arrojando el palo con que golpeaba la carreta)
 ¡No lo sueltes! ¡Sigue golpeando! Si no, están todos perdidos. ¡Sigue, más fuerte, más fuerte!

El soldado lo arroja al suelo y le clava la pica. Catalina se echa a llorar pero no cede.

CAMPESINA: ¡No le golpee en la espalda! ¡Santo Dios, me lo van a matar!

Los dos soldados llegan corriendo con el mosquete.

SEGUNDO SOLDADO: ¡El general está que echa espuma por la boca
 teniente! Vamos a ir a parar todos a la corte marcial.

TENIENTE: ¡Apunten! (A Catalina mientras los soldados emplazan el
 mosquete) Por última vez: ¡deja el tambor! (Catalina
 llora pero sigue golpeando) ¡FUEGO!

Los soldados disparan. Catalina da unos golpes postreros y se desploma lentamente.

TENIENTE: ¡Se acabó el estrépito!

Pero a los últimos golpes de tambor suceden los cañonazos que vienen de la ciudad. A lo lejos se oye confusamente tañer de campanas y el retumbar de los cañones.

SOLDADO PRIMERO: ¡Se salió con la suya!

XII

Es de noche. Pronto empezará a clarear. Se oyen tambores y pífanos de regimientos que se alejan.

Frente a la carreta, Madre Coraje está acurrudada junto a su hija. Los campesinos permanecen de pie a su lado.

CAMPESINO: (Afectuosamente) Debe marcharse, mujer. El último regimiento acaba de pasar. No puede irse sola.

MADRE: Tal vez se duerma. (Canta)

Duérmete mi vida

Duérmete mi amor.

Al lado llora un niño

Pero aquí te cuido yo.

El otro viste harapos

Tú, un traje de seda,

Pues un ángel su manto

Para tí me entregó.

Para él un mendrugo

Para ti un bombón

¿Te parece poco?

Pide otro, mi amor.

Arroró mi niña,

Arroró mi sol,

Uno yace en Polonia

Y el otro, ¿dónde quedó?

Se quedó dormida. No debió haberle hablado de los hijos de su cuñado.

CAMPESINO: Si usted no se hubiera marchado a la ciudad para traficar, no habría ocurrido nada de esto.

MADRE: Me alegro de que se haya dormido.

CAMPESINA: No se ha dormido. ¿No ve que está muerta?

CAMPESINO Debe irse de una vez. El camino está lleno de lobos y de bandidos que son peores que los lobos.

MADRE: (Se levanta) Sí. (Va a buscar una lona a la carreta para tapar a la muerta.)

CAMPESINAA: ¿No tiene ningún sitio donde refugiarse? ¿No le queda nadie?

MADRE: Me queda uno, Eilif.

CAMPESINO: Tiene que encontrarlo. Nosotros nos encargamos de darle cristiana sepultura. Puede irse tranquila.

MADRE: Tome un poco de dinero para los gastos. (Cuenta algunas monedas y las pone en la mano de la campesina. Los campesinos le estrechan la mano. Después, padre e hijo se llevan a Catalina)

CAMPESINA: (Alejándose) ¡Dése prisa!

MADRE: Espero que conseguiré tirar sola de la carreta. No hay gran cosa adentro. (Al fondo pasa un regimiento con pífanos y tambores) ¡Aguárdenme! ¡Voy con ustedes!

(Arranca, uncida a su carreta. Se oye cantar)

Con sus pesares y sus glorias

La guerra aún está de pie.

Y haya derrotas o victorias.

El pobre siempre ha de perder.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP